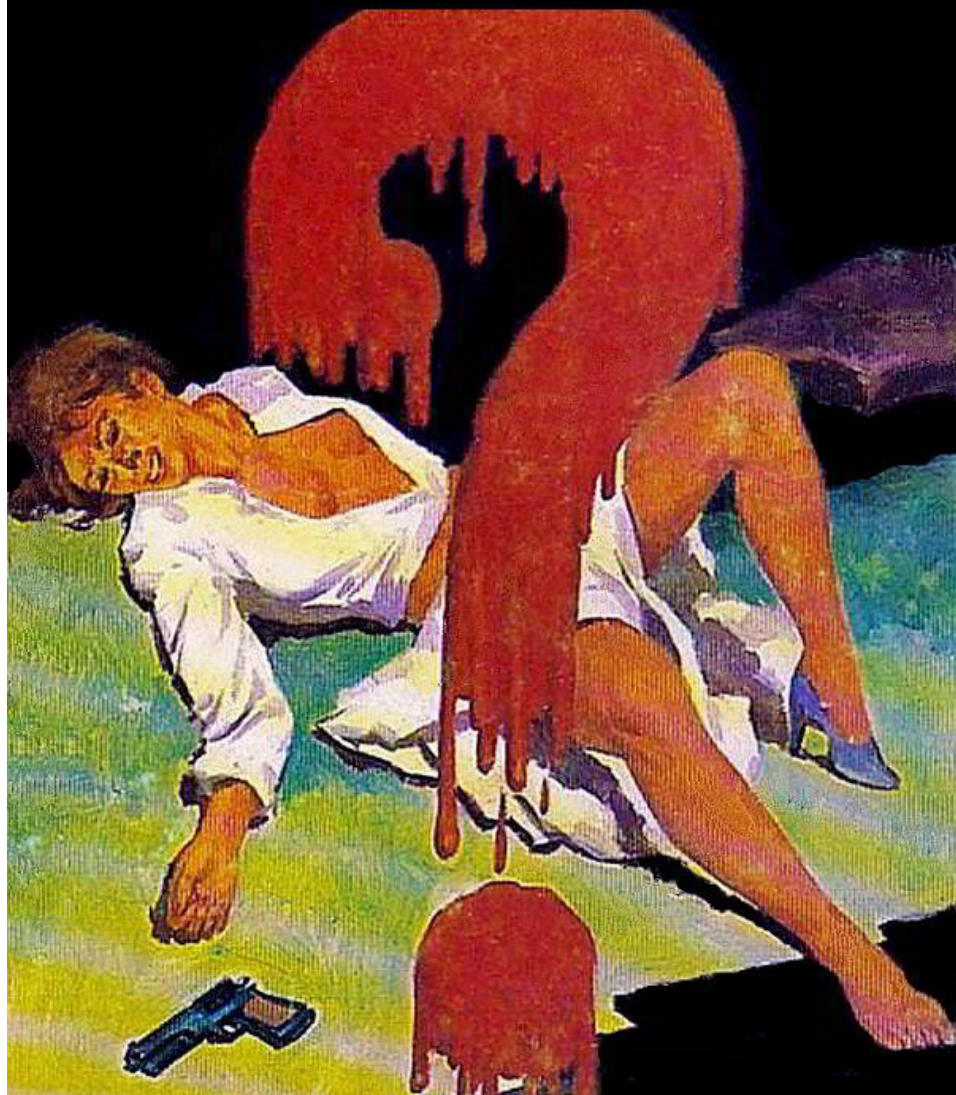


SERVICIO
SECRETO

SS

UN SANGRIENTO ENIGMA

Albert Rosbund



Alcé la cabeza y entre el denso humo que llenaba el local encontré la sonrisa sempiterna de Doug Latimer. Era un tipo alto, moreno, vigoroso, de treinta años de edad, que se me asemejaba bastante físicamente. Pero yo carecía de su sonrisa. Y no era para menos.

Consumiendo una botella de *whisky* había llegado a la triste conclusión de que uno carecía de libertad, que era totalmente imposible hacer lo que deseaba y que estaba condenado inexorablemente a lo que el entorno quisiera hacer de mí.

No sabía por qué, el destino se había encaprichado por arrojarme a un pozo. Y cada vez me hundía más.



Albert Rosbund

Un sangriento enigma

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1585

ePub r1.0

Lds 31.01.19



Título original: *Un sangriento enigma*

Albert Rosbund, 1980

Cubierta: Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

—¡Eh, Jim! ¿Quieres ganarte unos dólares?

Alcé la cabeza y entre el denso humo que llenaba el local encontré la sonrisa sempiterna de Doug Latimer. Era un tipo alto, moreno, vigoroso, de treinta años de edad, que se me asemejaba bastante físicamente. Pero yo carecía de su sonrisa. Y no era para menos.

Consumiendo una botella de *whisky* había llegado a la triste conclusión de que uno carecía de libertad, que era totalmente imposible hacer lo que deseaba y que estaba condenado inexorablemente a lo que el entorno quisiera hacer de mí.

No sabía por qué, el destino se había encaprichado por arrojarme a un pozo. Y cada vez me hundía más.

Uno había sacado su licencia de investigador privado unos años atrás, con toda la ilusión del mundo. Como carecía de medios económicos y no tenía muchos contactos, no abrí despacho propio y entré a trabajar en una agencia de detectives. Allí comenzaron los problemas con los compañeros y los jefes. Con la mayoría de los primeros no estaba de acuerdo con su forma de actuar, de considerar el trabajo; me daba la impresión de que muchos estaban en ello como podían estar vendiendo verdura en un mercado, no había seriedad, ni responsabilidad, ni honestidad, solamente cumplir la papeleta de una forma mecánica para poder cobrar a fin de mes, única preocupación suya.

Con los segundos el problema estaba principalmente en que les molestaba la gente que pensara, que tuviera ideas, que contrastara opiniones; ellos querían tipos que valieran, sí, desde luego, pero que ante todo supieran decir «sí, señor» a todas horas, no proporcionaran dolores de cabeza y además tuvieran los pantalones

listos para bajárselos.

En fin, no hace falta que sea más explícito. Apuesto a que ustedes sólo tienen que girar el rostro para encontrarse compañeros y patronos de esta ralea, son los que más abundan y así van las cosas en esta sociedad.

Lo cierto es que al final la situación se hizo insostenible. Tuve que dejarlo. Me largué. Había conseguido en ese par de años unos ahorrillos, pedí un préstamo, lo conseguí y de esa forma pude montar mi propia oficina. El primer día que me senté en el sillón me sentí la mar de satisfecho de mí mismo.

Pero las cosas no se presentaron nada halagüeñas ni fáciles. La clientela era escasa y, por lo tanto, para poder pagar el crédito y subsistir, me veía en la obligación de aceptar todos los casos que se presentaban, aunque no los viera muy claros. No tenía elección. La presión del entorno te sigue allá donde vayas, de una u otra forma.

Y así fue como acepté el caso del joven aquel que dijo llamarse Stanley Farber y que deseaba reconciliarse con su novia. La chica respondía al nombre de Edna London, trabajaba como camarera en un bar y se había largado de su apartamento y de su trabajo sin dejar aparente rastro, tras una disputa con él. Stan, como me rogó que le llamara, se mostró familiar y arrepentido.

Bueno, todo parecía cierto. La chica llamada Edna London existía, respondía a las características físicas que me había facilitado, había abandonado su vivienda y su trabajo y nadie sabía de ella.

Me puse a trabajar afanosamente en el asunto y conseguí obtener una buena pista gracias a una ex compañera del bar que ahora se dedicaba a posar para revistas eróticas.

—¿Edna novio? —Se carcajeó—. En todo caso serán novios.

No le hice mucho caso y sólo me preocupé de trasladarme al lugar de New Jersey que me facilitó para comprobar si allí se encontraba la chica. Según ella, Edna lo solía utilizar como refugio cuando se hallaba muy agobiada.

En efecto, allí estaba, pero utilizando otro nombre y al parecer muy recogida, dejándose ver solo lo imprescindible. No quise involucrarme en su vida privada porque consideré que no era asunto mío. Le comuniqué lo que había a mi cliente, éste me dio las gracias y doscientos dólares.

Fueron los doscientos dólares más amargos de mi vida. Al poco supe que la muchacha había sido baleada en aquel lugar por un tipo desconocido. Y no tuve tiempo de meditar sobre el caso porque al momento se presentaron en mi oficina unos policías con muy malas pulgas.

Me trataron como a un delincuente. Resultó que la asesinada estaba involucrada en la red de prostitución tras la que ellos andaban, supuestamente regida por un tal Richard Pullman, dueño de varios garitos del Bowery y del Village, hombre rico y popular contra el que hasta ahora no habían conseguido reunir suficientes pruebas. Al parecer la chica había descubierto algo, asustándose y escondiéndose. Al final había optado por llamar a la policía y ofrecer su colaboración. Desgraciadamente, habían llegado tarde. Y no les había resultado nada difícil saber que yo había estado husmeando últimamente acerca de la muchacha.

El que me había contratado no apareció por ningún lado, posiblemente ya estuviera en la Costa Oeste. Y conmigo no tuvieron ninguna compasión ni atendieron a mis ruegos. Fueron inflexibles. Como no pudieron enchironarme, se conformaron quitándome la licencia. Era una forma de descargar su rabia por el fracaso. Y yo, desgraciadamente, me encontré en la calle, sin empleo.

Aquello ya fue un duro golpe, bajar unos cuantos metros por el pozo.

Yo tenía que acabar de pagar el préstamo solicitado para la puesta en funcionamiento de mi oficina, así que tuve que ponerme a trabajar en oficios que no me gustaban nada, para los cuales no exigían mucho y pagaban menos. Trabé amistad con una rubia llamada Sally, que para sacar una soldada decente trabajaba como cantante nocturna en un tugurio del Village, llamando la atención del público más por su busto y sus piernas, que mostraba generosamente, que por su voz.

La amistad se tornó en lío, pero sencillamente en eso, no en una loca pasión. Éramos buenos amigos y además, de vez en cuando, nos íbamos juntos a la cama.

Al frecuentar el ambiente del Village, llevado por el trato con Sally, hice nuevas amistades, tipos como Doug Latimer, Ben Johnson, Larry Danton, etc., gente de mi edad, desarraigada, sin un oficio o beneficio determinados, que vivía a salto de mata,

picoteando aquí y allá, bordeando en muchas ocasiones la frontera de la ley.

El contacto con aquellos tipos podía resultar peligroso, pero me dejé arrastrar. Al menos aquella forma de vida la encontraba más interesante que estar sellando o colocando tuercas. Las granujerías iban en aumento y era consciente de que cada vez descendía más hacia el fondo del pozo.

Y así estaban las cosas mientras bebía aburridamente en el atiborrado Big Bar, donde un rato más tarde empezaría la actuación de Sally.

Pero ahora tenía frente a mí al sonriente y extrovertido Doug Latimer.

Me dio una palmada en el hombro y se acomodó en una silla, a horcajadas.

—¿Qué dices, chico? ¿Estás dispuesto a ganarte un buen puñado de dólares?

Tomó mi botella y se sirvió largamente en uno de los tres vasos vacíos que había sobre la mesa, bebiendo y esperando mi respuesta.

—Sabes que no estoy fino de pasta.

—Como todos —rió.

—¿De qué se trata?

—Robar una caja fuerte.

CAPÍTULO II

Respingué. El mal humor se me fue de golpe gracias a aquella sorprendente proposición.

—¡Tú estás loco! —le espeté.

—Tranquilo, hombre —ensanchó su sonrisa—. No se trata de un robo espectacular, de un gran golpe.

—Me lo imagino, pero creo que cada vez estamos yendo más lejos...

—Tampoco nos vamos a llevar fajos de billetes u objetos de gran valor. Déjame explicarte.

—Está bien.

Me serví una buena ración de *whisky* y lo paladeé sin ningún agrado.

—He conocido a una chica bellísima —comenzó Doug Latimer. La historia me sonaba. Ése solía ser el principio de todos sus asuntos —. Todo un bombón.

—Ya salió —farfullé—. Tú y tus chicas. ¿No me digas que es la morena de anteanoche...?

Parpadeó.

—Ésa es. ¿La conoces?

—Te vi con ella. Desde luego era hermosa.

—Y le he prometido ayudarla.

—¿Robando una caja fuerte? Esa chica no debe estar muy bien de la cabeza.

—Se encuentra en problemas. Hay una mujer que la tiene cogida por unas cartas comprometedoras, cosas íntimas, ya te puedes imaginar. Desea recuperarlas sin tener que pasar por el aro del chantaje.

—Y nosotros entramos en eso.

—Sí. Ella ya sabe dónde están esas cartas, en un cofre que se encuentra guardado en la caja fuerte de la vivienda de esa mujer. Y también ha conseguido agenciarse la combinación. Prácticamente lo ha hecho todo. Sólo falta ir cuando no haya nadie y robar el cofre.

—Cosa que hemos de hacer nosotros.

—Exacto. Ella no se atreve. Y yo solo no puedo, necesito alguien que vigile, esté preparado con el coche por si hubiera problemas... En fin, tú puedes ser ese hombre. La cosa no es comprometida.

—Humm.

—Esa mujer no denunciará el robo porque sería tanto como reconocerse chantajista. Y aunque lo hiciera, si actuamos bien no nos localizarán. ¿Qué dices?

Me lo pensé.

—Además, ganaremos mil pavos. Quinientos cada uno. La chica es generosa, tiene pasta. Es de esas hijas de papá que gustan de vivir en plan *hippie*...

—Hay que meditarlo, Doug.

—Con rapidez.

—¿Por qué?

—No hay tiempo. Si se actúa, ha de ser esta noche.

—¿A qué tanta prisa?

—Es la gran ocasión. Esa señora estará fuera, en una fiesta. Tendremos el camino libre.

—Ajá.

—Decide. Si no, buscaré a otro. Tal vez Ben o Larry... Seguro que ellos no ponen remilgos.

Me bebí otro trago, chasqueé la lengua y le dije que sí. Doug me dio una nueva palmada, muy satisfecho. Yo no demostré ninguna emoción.

—Esto hay que celebrarlo —dijo, queriéndome dar ánimos, y pidió otra botella.

Estuvimos celebrándolo anticipadamente hasta que llegó la hora. Durante ese tiempo asistimos a la actuación de Sally, e incluso alternamos un rato con ella, sin confesarle exactamente lo que pensábamos hacer.

La dejamos preparando su segunda actuación de la noche. Al salir del local, Doug dijo:

—Lo primero que hay que hacer es procurarse un auto.

Yo sabía lo que eso significaba. Nos metimos por una bocacalle oscura y vacía. Íbamos alegres, pero no borrachos. Allí no fue difícil forzar la portezuela de un «Ford Mustang» y realizar un puente. Poco después nos alejábamos de Greenwich Village.

Doug me facilitó la dirección exacta. La señora de marras vivía en West New York, al otro lado del Hudson River, por lo que tuvimos que atravesar el Lincoln Tunnel.

—¿No sabes cómo se llama esa mujer, quién es...?

—No.

—Pues...

—Es igual. No te preocupes. Así es mejor. Además, a nosotros no nos importa.

De todas formas, me dije, conociendo su dirección no sería muy difícil averiguar su nombre.

Vivía en una casita situada junto al Hudson Boulevard, una especie de barrio residencial. Eso hablaba de buena posición y abundante dinero. Todo estaba en silencio y en penumbra. La vivienda de la mujer completamente a oscuras.

Apagué el motor y vigilamos el entorno.

—Todo bien —dije al rato.

Doug salió del coche haciéndome un signo de victoria con los dedos de la mano derecha. Le vi salvar la verja fácilmente. Pensé en la posibilidad de algún perro guardián, pero no se escuchó ningún ladrido a continuación. Doug desapareció de mi vista.

A partir de entonces el tiempo transcurrió muy lentamente, pero sin ningún sobresalto. No había apenas tráfico rodado ni peatonal.

Tardó media hora. Al cabo de ese tiempo le vi reaparecer corriendo hacia mí. Subió rápidamente, jadeando, con el cofre entre las manos.

—¿Eso es?

—¡Arranca, hombre!

Fue lo que hice, alejándonos de allí.

—¿Todo ha ido bien? —pregunté.

—Por supuesto.

Doug abrió el cofre con la ayuda de una de sus ganzúas y por el rabillo del ojo contempló su interior repleto de cartas sujetas por una goma.

—Ha sido sencillo, ¿eh? —rió ufano.

Solté un gruñido.

—¿Adónde? —pregunté.

—Acércame al distrito de Chelsea. He de verme con el bombón.

Le dejé cerca del parque sin que me diera una dirección exacta.

—Mañana nos veremos y te daré los quinientos machacantes, ¿eh, Jim?

—Okay.

—En

Charlie's

a las doce.

Bajé hacia el Village, abandonando en seguida el auto, no sin antes con la ayuda de un trapo borrar las huellas, por si acaso. Luego encaminé mis pasos hacia el apartamento de Sally bajo la estrellada y agradable noche.

Durante ese espacio de tiempo reflexioné un poco sobre lo que había hecho, sin llegar a ninguna conclusión clara. Prácticamente, todo me daba igual.

—Hola, bribón —me echó Sally los brazos al cuello y me dio un beso, diluyendo buena parte de mis atormentados pensamientos—. ¿Cómo ha ido vuestro misterioso asunto?

—Bien.

—¿No me vas a contar en qué ha consistido? Os habéis comportado muy groseros allá en el Big Bar...

—Es top secret.

—Eres muy malo —me dio un mordisquito que electrizó todo mi cuerpo.

—Nena... —susurré.

Ella sonrió, traviesa.

—¿Hay pasta para celebrarlo...? —preguntó seguidamente.

—Todavía no.

—Entonces nos arreglaremos en plan humilde.

Sus labios y su lengua actuaron con esa sabiduría casi innata y poco después retozábamos desnudos en la cama. Era una atractiva y caliente mujer, sobre todo esto último, y no me fue difícil dejarme arrastrar por su pasión desenfrenada como tantas otras veces. De esa forma olvidé por un tiempo el mundo en que vivía.

A la mañana siguiente, cuando desperté, ella no estaba en la cama. Comprobé la hora. Eran las diez. Sally ya debía encontrarse

en los almacenes donde trabajaba como dependienta, su oficio de día.

Me levanté perezosamente y acabé de despabilarme bajo la ducha. Observé que había café preparado, sólo hizo falta que lo calentara. Bebí un par de tazas, sin azúcar, y al mismo tiempo me zampé un sandwich de jamón de York. Luego salí a la calle, dispuesto a estirar las piernas vagabundeando por los alrededores.

Más tarde me acercaría a

Charlie's

para cobrar lo que me correspondía.

En una esquina tropecé con un niño pelirrojo y pecoso que voceaba el titular del periódico que vendía.

—¡Ultima hora! ¡Ultima edición! ¡Con el asesinato y robo en el Hudson Boulevard!

Escuchar aquello me hizo fruncir el ceño. Le compré un ejemplar, mosqueado.

Y no salí de mi asombro al leer que la noche pasada, en la misma vivienda donde había estado con Doug, su dueña había sido asesinada, llevándose el criminal o criminales joyas por valor de cien mil dólares.

CAPÍTULO III

Me quedé pasmado en aquella misma esquina devorando la información del periódico. Realmente no había demasiados detalles, pero todo lo leía y releía varias veces.

Según lo allí escrito, la mujer en cuestión respondía al nombre de Samantha Ellis. Era una mujer de cuarenta años, divorciada, que vivía sola. Al parecer tenía cierto renombre dentro de la alta sociedad, de ahí que se hubiera destacado lo ocurrido. El cadáver había sido descubierto durante la misma noche, gracias a un vecino que oyó ruido y observó una sombra sospechosa alejarse del lugar. Inmediatamente avisó a la policía y un autopatrulla se presentó al momento. Los patrulleros intentaron hablar con la dueña de la casa, pero nadie les abrió la puerta. Finalmente se decidieron a entrar por una ventana abierta, pues según el vecino la sombra misteriosa había brotado de la casa de la señora Ellis. No tardaron nada en encontrarse con el cadáver y la caja fuerte abierta. Según la declaración de Gloria Hayward, su hermana, dueña de la conocida agencia de modelos Ninotchka, lo único que faltaban eran las joyas. Por el momento no había indicios del autor o autores.

Me coloqué el periódico, doblado, bajo el brazo. El chico pelirrojo y pecoso me miraba curioso. Le dediqué una mueca y eché a andar con paso rápido.

Mi mente era una especie de torbellino. No entendía bien aquello. O sí, podía tener una explicación, pero... ¡Doug no podía haberme jugado sucio!

O tal vez sí. Por un puñado de joyas valoradas en cien mil dólares, muchos de los que conocía hubieran vendido a su madre. Incluso por un billete verde.

Consulté mi reloj. Eran las once y cuarto de la mañana. No, no

iba a esperar a las doce, hora en que había quedado con Doug en Charlie's.

Doug debía darme una explicación.

Decididamente me encaminé hacia su casa. Vivía en un modesto edificio de apartamentos cerca del cruce de las calles Charlton y Varick. El lugar era muy semejante al que yo habitaba, varias calles más abajo.

Subí arriba y pulsé el llamador un par de veces. Pasó el tiempo y nadie acudió a abrir. Repetí el timbrazo dos veces más. Nada.

En vista del silencio, se me ocurrió entrar y echarle un vistazo al apartamento. Podía ser que Doug no quisiera abrirme, tras haberme observado por la mirilla; también que Doug se hubiera marchado con viento fresco, llevándose sus cosas, caso de que fuera culpable. Por tanto no estaría de más realizar la pertinente comprobación.

Bueno, alguien se me había adelantado. Y desde luego no podía ser obra de Doug.

Tras forzar el pestillo con la ayuda de una tarjeta de plástico apropiada para ello, me encontré con un cuadro sorprendente.

Todo el apartamento estaba patas arriba, revuelto. Parecía como si por allí hubiese pasado una legión de bárbaros. Por ningún lado apareció Doug. Ni rastro. Y sus pertenencias personales se encontraban allí, aunque de una forma desordenada, algunas destrozadas.

Me quedé brazos en jarras contemplando todo aquel desaguizado, hondamente preocupado. ¿Qué estaba sucediendo? ¿A qué se debía la brutal violación del apartamento?

Allí no iba a encontrar la respuesta, al menos de momento, de modo que salí, cerré y llamé a la puerta del vecino. Le conocía. Era un tipo escuálido, con los pulmones arruinados por el tabaco, que se dedicaba a vender sobrecitos de droga por las noches en el Village.

Me abrió la puerta con cara somnolienta, en *slip* y camiseta.

—Ah, tú —parpadeó tratando de despejarse—. ¿Qué hay muchacho?

—¿Sabes de Doug?

—¿No está? —Miró por encima de mi hombro hacia la puerta de Latimer.

—No.

—Pues esta noche estaba, al menos cuando yo llegué escuché

ruido. Pensé que se estaría corriendo una buena juerga —soltó una risita.

—Sí.

Menuda juerga, me dije recordando el desastre interior del cubil de Doug.

—Entonces, ¿no le has visto?

—No. Anoche llegué derrengado, muchacho. He despertado al escuchar el timbre.

—Lo siento. Sigue durmiendo. Gracias.

Me fui de allí. Por más que trataba de adivinar lo que pasaba, más enrollada encontraba la cosa. Eran ya las doce, así que fui a Charlie's.

Doug no estaba allí. De una rápida mirada me percaté de ello. Pregunté entonces a uno de los empleados y nadie la había visto desde el día anterior. Podía retrasarse, así que pedí una copa y me puse a esperar. Acabé con el licor, fumé un par de cigarrillos y Doug continuó sin aparecer.

Vi a Ben Pohnson, un larguirucho compañero nuestro, muy hábil a la hora de ablandar los corazones tiernos y sacarles buena pasta.

—Le vi ayer tarde.

—Pero ¿y hoy?

—No, chico.

—¿No sabes tampoco qué pensaba hacer?

—Ni idea.

—¿Por dónde anda Larry?

—Está fuera. Se largó con una señora a Long Island. Prometió invitarnos a una comida cuando regresara. Al parecer iba a ordeñarla de lo lindo.

—Vale.

—Oye, estará ocupado. Yo le vi hace poco con una hermosa chica. Una morenaza de espanto.

—Sí.

Como no había pensado antes en la muchacha, precisamente la que había ideado el robo. Pero no sabía quién era, sólo tenía un vago recuerdo de ella. Aunque podía intentar localizarla. El Blue Bird era el local donde les había visto juntos.

Se trataba de un antro con cierta distinción, ubicado en Blecker Street. Pregunté por Doug, pero no le conocían. Igual suerte tuve

con la chica.

—Pues viene por aquí —insistí, queriendo que se esforzaran.

—Mire, amigo —me dijo uno—. No la recordamos. Tal vez los del turno de la tarde. ¿Va a tomar algo?

Lo dejé estar, fastidiado. Se me ocurrió entonces dejarme caer por los almacenes donde trabajaba Sally.

—¡Jim! ¿Cómo tú por aquí?

Hice como que estaba interesado en una prenda para que no le llamaran la atención.

—No encuentro a Doug.

—¿Cómo es eso?

Le di una somera explicación, escabullendo los detalles. Ella también era amiga de él y algo se le podía ocurrir. Sólo me sugirió que pasara por mi apartamento, tal vez hubiera ido por allí.

No era mala idea... A lo mejor había acudido allí, atemorizado. O tal vez me hubiese dejado un recado.

En mi apartamento me encontré con algo familiar. Los vándalos habían pasado por el lugar, todo estaba revuelto, igual que en el cubil de Doug.

Pero había una variación. La visita continuaba. Dos tipos me esperaban empuñando sendas pistolas.

CAPÍTULO IV

Uno de los tipos era alto, espigado, moreno, de ojillos crueles y un hoyuelo en la barbilla. El otro, de mediana estatura, más corpulento, también moreno, y con unas facciones toscas que le daban aspecto de fiera.

Ambos se encontraban de pie, la pistola firmemente empuñada en la diestra.

—¿Sí? —Sólo se me ocurrió decir.

—Tú eres James Goodwin, ¿verdad? —habló el tipo del hoyuelo en la barbilla.

Asentí.

—Muy bien. Vendrás con nosotros.

—¡Eh! ¿Quiénes son ustedes?

—Eso no importa —respondió Cara de Fiera.

—¿Y adónde vamos a ir?

—A un lugar donde podamos estar tranquilamente, sin que nadie nos moleste.

—En marcha —agregó el otro.

Los cañones de las pistolas me apuntaron amenazadoramente a la cabeza. La boca se me secó. De repente el lío se había complicado de una forma dramática para mí y ya me veía envuelto directamente en él.

—¿Por qué todo esto?

—¡Basta de preguntas! —Alzó la voz cortante Cara de Fiera—. ¡Camina!

—Y nada de tonterías —añadió su compañero—. Te estaremos apuntando en todo momento. Un gesto sospechoso y te dejamos seco. Vamos, sal.

El que acababa de hablar me tomó de un brazo, escondiendo la

pistola en su bolsillo y sin sacar la mano de éste. El otro ocultó el arma con la ayuda del periódico que me acababa de arrebatarse.

Iniciamos la marcha.

Desgraciadamente, nadie se cruzó con nosotros mientras bajábamos las escaleras y no hubo oportunidad alguna de desembarazarme de ellos. Al pisar la calle, continuaban vigilándome estrechamente.

—A ese «Chevrolet» —me indicó el que me llevaba agarrado del brazo.

Obedecí. El del periódico se colocó al volante. El otro y yo subimos al asiento posterior. Entonces éste sacó su pistola del bolsillo y me apuntó sin ningún disimulo a la barriga.

—Andando —le dijo a Cara de Fiera.

El coche arrancó, dirigiéndose hacia el sur, hacia Lower Broadway.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté, inquieto.

—En seguida lo sabrás.

—¿Tiene que ver con Doug Latimer?

Me sonrió de una forma helada.

—¿Qué? —insistí.

—Calla.

Nos desviamos por el Holland Tunnel, abandonando Manhattan. Presentí que me iban a llevar a un lugar desierto. Y allí lo iba a pasar muy mal.

—Podría ya hacerme una idea de lo que vamos a hablar.

—No seas impaciente.

—Tengo una cita.

—Mala suerte.

—¿Puedo encender un cigarrillo?

—No.

—Pues...

—¡Calla!

Observé como tampoco nos dirigíamos directamente a Jersey City. De pronto, Cara de Fiera se desvió por un camino vecinal, con arboledas a los flancos, apenas transitado por vehículos.

No había que ser un lince para adivinar que iba en compañía de dos matones que tenían el propósito de darme el último paseo.

Como en las viejas películas de *gangsters*.

Y no me gustaba nada.

—Éste es un buen sitio, ¿eh? —comentó el chófer.

—Sí —asintió el que vigilaba.

Desvió un instante la mirada para observar el lugar y ése fue el momento en que atrapé su mano armada con mis dos zarpas, al tiempo que me ladeaba de una forma violenta, casi haciéndome daño.

No podía esperar a que detuvieran el coche y dijeran algo, si es que en verdad pensaban decir algo. Ahora era el momento y no debía desaprovecharlo.

Hice bien en ladearme porque el tipo tuvo ocasión de apretar el gatillo. La bala sólo rozó mi costado, chamuscando ligeramente mi jersey.

—¿Qué pasa? —gritó el conductor.

El otro no aguantó mi presa y tuvo que soltar el arma. Entonces le golpeé con ambos puños en la cara, estrellándolo contra la portezuela. Su compinche ya se volvía con una mano en el volante y la otra armada, dispuesto a solucionar el pleito con unos tiros.

Proyecté hacia delante mis dedos índice y corazón de la mano derecha, en forma de uve muy abierta, consiguiendo alcanzar sus ojos. Chilló como una rata.

Me di cuenta entonces que perdía el control del coche, al llevarse la otra mano instintivamente a los ojos, mientras hacía fuego ciegamente. El otro ya se reponía, un tanto *groggy*. Yo no me lo pensé mucho más al observar que el auto abandonaba la estrecha carretera. Abrí la portezuela de mi lado y salté olímpicamente.

Rodé por el suelo y aún tuve tiempo de ver traquetear el coche por la cuneta, camino de la arboleda. Tuvo suerte con los dos primeros árboles, pero no con el tercero. Contra él chocó estrepitosamente.

Corrí hacia él, sin resentirme apenas de los golpes recibidos al saltar del auto.

Nada se podía hacer. El tipo del volante se había clavado éste en el pecho. El otro asomaba trágicamente la cabeza por una ventanilla, desnucado.

Les registré rápidamente y no encontré documentación alguna. Ni siquiera del coche. Tal vez fuera robado, no sería de extrañar.

Me apoderé de una de las pistolas, la primera que vi, y también

me hice con el periódico, milagrosamente salvado. Inmediatamente eché a andar hacia la carretera principal. No quería quedarme allí y que me relacionaran con el accidente. Había tenido suerte de que no pasara ningún coche por el momento.

Cuando llegué al cruce me senté sobre un mojón, esperando que algún auto que fuera en dirección a Manhattan se detuviera para llevarme. Entretanto leí la noticia del asesinato y robo una y otra vez. ¿Qué podía hacer?

La situación se podía resumir de la siguiente manera: Samantha Ellis, la mujer a la que habíamos robado Doug y yo, había sido asesinada, llevándose el criminal joyas valoradas en cien mil dólares. Cabía la posibilidad de que Doug hubiera hecho algo más que robar el cofre. Por ejemplo, ser el autor de lo sucedido. De ahí que hubiese desaparecido. Ahora bien, ¿por qué habían registrado su apartamento y el mío? ¿Por qué esos dos tipos estaban interesados en mí? ¿Buscaban algo? ¿Las joyas, tal vez?

Todo eran cábalas. Porque no había que olvidar a la chica morena. ¿Qué pintaba en el asunto? Posiblemente un papel principal, ya que de ella había partido la idea del robo. ¿O... o había sido una patraña de Doug? Bien mirado, yo no tenía una auténtica constancia de que ella estuviera implicada, creía lo que Doug me había contado.

Tenía varias soluciones, una muy sencilla: escapar antes de que otros tipos o la misma policía cayeran sobre mí. Otra podía ser investigar el asunto, tratar de saber de Doug o de la chica, incluso de la misma asesinada...

Y yo tenía experiencia en este tipo de cosas, no en vano tiempo atrás había ejercido como detective privado.

Un coche se detuvo. Lo conducía un hombre maduro, carirredondo, que fumaba un largo cigarro.

—¿Va a New York?

—A Manhattan, sí.

—Le llevo.

—Muchas gracias.

Lo primero que hizo nada más subí a su lado fue preguntarme qué hacía allí. Le conté que había salido con una chica con coche propio y que al cabo del rato me había dejado allí tirado por soso, por no saber cumplir con sus exigencias. Se rió mucho con la

historia, el muy infeliz.

Luego pasó a hablarme de él, era representante de una firma de cosméticos. Yo pensaba en el maldito asunto y de vez en cuando daba una cabezada de asentimiento.

Me dejó cerca del Village. Para ese entonces ya tenía alguna idea danzándome en la cabeza. Maduré el plan deglutiendo un par de hamburguesas en un *snack*-bar. Aún no era hora de volver por el Blue Bird, así que lo mejor sería documentarse ampliamente sobre el suceso y para ello nada como recurrir a la persona más allegada a la asesinada, es decir, su hermana, la tal Gloria Hayward.

Pedí un listín telefónico y en seguida localicé la agencia de modelos Ninotchka. Una voz femenina me informó que la dueña no se encontraba allí y que aquel día no acudiría al despacho, tras lo sucedido la noche pasada. No tuvo inconveniente en facilitarme la dirección personal de Gloria Hayward.

Vivía en la Amsterdam Avenue, cerca del cruce con la West 86th Street. Mi forma de introducción sería la de un periodista que desea hacer un reportaje sobre su hermana y su trágico final.

Me abrió la puerta la propia Gloria Hayward. Era una mujer de mediana edad, posiblemente un año o dos mayor que la difunta, a la que habían adjudicado cuarenta, rubia oxigenada, de ojos claros y facciones duras pero con cierto atractivo. Además poseía todavía una figura bastante escultural, con unos pechos redondos y descarados. Le echaba un aire al prototipo de la mujer nórdica.

Le di el nombre de Richard Bloom y le largué la historia que tenía preparada.

Se la veía bastante preocupada por la tragedia, no lo meditó mucho y picó el anzuelo. Me franqueó el paso, conduciéndome hasta un elegante salón.

Entonces me preguntó, observándome mejor:

—¿Para qué periódico o revista trabaja?

—Trabajo por libre —respondí rápidamente, forzando una amigable sonrisa.

—¿*Free lance*?

—Eso es. Luego venderé el reportaje al mejor postor.

—Ajá.

Pareció satisfecha con la explicación. Seguidamente se me aproximó ofreciéndome un cigarrillo extralargo y nos acomodamos

ya fumando. Sus piernas quedaron totalmente al descubierto sin que ella le diera la menor importancia. Las conservaba en excelente estado.

—Usted dirá, señor Bloom... —habló, sacándome de la abstracción.

—Sí, sí. En primer lugar quisiera que me hablara de su hermana, luego pasaremos a lo sucedido esta noche pasada. ¿Cómo era ella?

—Tenía un carácter especial, muy voluble, siempre tuvo problemas por ello. Digamos que su niñez y adolescencia transcurrieron de una forma normal. Pertenecíamos a una familia burguesa acomodada. Nuestro padre tenía un negocio de transportes. A su muerte no nos pusimos de acuerdo para continuar con él y decidimos traspasarlo, ahí nos separamos...

—¿Se llevaban bien? —pregunté, aprovechando la pausa que había hecho para darle una chupada al cigarrillo.

—La verdad es que a partir de entonces no nos llevamos muy bien —reconoció sin rubor ni alterarse lo más mínimo—. Ella tomó su parte y se largó inmediatamente a New Haven, de donde era un muchacho que había conocido aquí, en una fiesta, un tal John Ellis, con el que contrajo matrimonio, quedándose allí a vivir y desentendiéndose de nosotras.

—¿Nosotras?

—Mi madre y yo. Tuve que hacerme cargo de mi madre hasta que murió.

—Comprendo.

—Al tiempo monté una pequeña agencia de modelos con el dinero que me correspondía y afortunadamente ha ido engrandeciéndose y adquiriendo renombre...

—¿Y su hermana? —La interrumpí un poco abruptamente, pues aquello apenas me interesaba.

—John Ellis fue descollando en su profesión, ingeniería, y al cabo de los años se trasladaron aquí. Para ese entonces mamá estaba muy mal, se encontraba internada en el hospital y al poco murió. A partir de ese momento nos vimos de tarde en tarde, a veces pasaban meses. Luego, su matrimonio se vino abajo y llegó el divorcio.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente, incompatibilidad de caracteres, creo

que manifestaron...

—¿Después de muchos años juntos?

—Bueno, algo hay que alegar cuando dos personas se quieren separar.

—Ya. ¿No tuvieron hijos?

—No.

—¿Su hermana trabajaba en algo?

—No. John Ellis le pasaba una pensión. Ella se dedicaba a vivir al día, sin ahorrar, le gustaba el lujo, era muy caprichosa. Creo que tenía problemas económicos, pues sus cuentas están prácticamente a cero. Precisamente lo único que le quedaba eran las joyas.

—Lo que le han robado.

—Sí —apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal, que luego me aproximó para que yo hiciera lo mismo. Sin poderlo evitar rocé uno de sus senos—. Una desgracia que ella estuviera en casa y descubriera al ladrón.

—¿Ladrón? —repetí.

—La policía cree que ha sido obra de una sola persona. Un vecino, el que dio la alarma, vio únicamente una sombra salir furtivamente de la casa de mi hermana. Se ha establecido que el ladrón entró a robar, debió hacer algún ruido, mi hermana se asomó, se descubrieron mutuamente y él la mató con el atizador de la chimenea. ¡Pobre Sam!

—Muy clásico —comenté.

—También se cree que el ladrón era muy hábil o conocía la combinación de la caja fuerte, pues ésta no estaba forzada. La policía no confía en que haya huellas dactilares.

—Ajá.

Ella continuaba junto a mí, prácticamente en cuclillas, exhibiéndome generosamente sus portentosas mamas.

—De todas formas, de éstos y otros detalles técnicos puede enterarse mejor acudiendo al Pólice Department. Pregunte por el teniente Lombard, es el que lleva el caso.

—Gracias —dije. Ella se levantó cuan larga era y depositó el cenicero en su sitio. Retornó a su asiento, consiguiendo con su postura que pudiera ver cuál era el color de su ropa interior. Le dediqué una sonrisa, preguntando—: ¿Qué más sabe de la vida actual de su hermana?

—Ya le he dicho que apenas nos tratábamos. Ella estaba muy absorbida por su apretada vida social, le gustaba asistir a toda clase de fiestas, y yo por mis negocios. Elmer Clanton es quien mejor le puede informar sobre ello.

—¿Elmer Clanton? —inquirí con el ceño fruncido, sorprendido—. ¿El magnate del Congreso?

—El mismo —me sonrió ella por primera vez—. Mi hermana iba a casarse próximamente con él.

—¡Diablo! —exclamé sin salir de mi asombro.

—Un gran partido, como verá.

—Vaya que sí.

Justo entonces sonó repetidamente el timbre del teléfono en la habitación contigua.

—Perdone —se disculpó, poniéndose en pie y dejándome solo en el salón.

No podía dejar de pensar en Elmer Clanton. Le llamaban el magnate del Congreso porque según una investigación que había realizado *Time*, era el congresista con más poderío industrial y económico del país. Pertenecía al ala más conservadora de los republicanos y no gozaba de excesivas simpatías.

Así que un tipo así iba a casarse con Samantha Ellis. Increíble.

Escuché los pasos de Gloria Hayward al retomar junto a mí. No se sentó y dijo:

—Lo lamento, señor Bloom, pero hemos de interrumpir la charla.

—Oh.

—Tengo que salir a atender un asunto relacionado con el entierro de mi hermana, papeleos, ya sabe, Espero que me sepa disculpar.

—Por supuesto... Y le doy las gracias por el tiempo que me ha dedicado, señorita Hayward.

Me levanté y estreché su mano como despedida. Ella me acompañó hasta la puerta.

—Me sabe mal —dijo—, casi tirarle...

—No se preocupe. Habrá otra ocasión.

—¿Por qué no viene esta noche? —propuso de pronto—. Después de cenar estaré seguro en casa. Tomaremos una copa y seguiremos charlando. ¿Qué le parece?

Me ofreció su mano como si se hubiera olvidado que hacía un momento se la había estrechado. No me la soltó, mirándome fijamente e insistiendo:

—Vendrá, ¿verdad?

—Lo procuraré.

—Será un placer estar con usted —me sonrió con cierto talante de seducción.

Finalmente logré desprenderme de su mano y alejarme hacia el ascensor. Mientras bajaba las siete plantas no dejé de pensar en la propuesta de la mujer. Si tenía tiempo, tal vez volviera por allí para comprobar de qué calibre era aquella fémina. Por experiencia sabía que las mujeres maduras y atractivas, de sangre ardiente, suelen guardar muchas agradables sorpresas.

Ahora ya tenía algún que otro dato más que me permitiría seguir adelante, me dije cuando pisé la calle, pensando en Elmer Clanton. Pero antes era hora de acercarse al Blue Bird y tratar de saber de la chica morena.

Ya estaban en sus puestos los nuevos camareros, los del turno de la tarde. Había mayor ambiente en el local. De Doug Latimer, por quien también pregunté, no sabían nada, pero uno de ellos sí se acordaba de la muchacha.

—Claro, amigo —me dijo—. Una vez tuve un problema con ella y me llamaron la atención. La confundí con una chica como las demás, pero no era así, a pesar de su aire desenfadado y su indumentaria *hippie*.

—¿Quién es?

—Nada más y nada menos que la hija del todopoderoso Elmer Clanton.

CAPÍTULO V

Fue una sorpresa total.

Elmer Clanton, el hombre con el que iba a casarse la asesinada... ¡Precisamente la futura hijastra era la que había planeado el robo!

—Tiene un apartamento en la zona alta del Village, cerca del distrito de Chelsea —añadió el camarero, sin que yo le preguntara—. Allí la tuvieron que llevar el día que cogió la borrachera de espanto...

Cerca del distrito de Chelsea, pensé, por allí había dejado la noche pasada a Doug. Todo coincidía, pues él iba a verla para entregarle el cofre con las cartas. ¿Y si Doug se hallaba escondido en su apartamento?

—¿Sabes la dirección exacta?

—Te la puede decir Billy, es el vigilante del local y fue uno de los que la transportaron...

Billy era una especie de gorila. Por cinco dólares no tuvo inconveniente en facilitarme lo que yo deseaba.

Me alejé de allí dándole vueltas al asunto. Era un lío tremendo al que no le encontraba pies ni cabeza. La hija de un político y millonario contrataba a un granuja como Doug Latimer para robar la caja fuerte de su futura madrastra, pues ésta la estaba chantajeando con cartas comprometedoras. De pronto, la futura madrastra aparecía muerta, asesinada, y la caja fuerte abierta, pero nadie hablaba de cartas, sino de joyas por valor de cien mil dólares. ¿Había mentido la chica? ¿Había jugado sucio Doug con los dos, ella y yo? ¿O había algo más detrás de todo eso?

Para ser la hija de quien era ocupaba un modesto apartamento, un poco más arriba de la West 14th Street. Una mujer rechoncha que estaba haciendo la limpieza de la escalera me informó que la

muchacha no hacía mucho que acababa de salir.

—¿No hay nadie más arriba? —pregunté.

—Que yo sepa, no, señor. De todas formas, puede encontrarla fácilmente. Se reunió con un joven en el patio y se encaminaron hacia el Pocket Bar, en la acera de enfrente.

—Gracias.

Salí corriendo, pensando que aquel joven podía ser Doug Latimer. Estaba ya casi convencido de que los dos se encontraban conchabados.

El local se hallaba, efectivamente, en la otra acera, pero tres manzanas a la derecha. No había mucha gente, la luz era mínima, sobre el ambiente flotaba una suave música de orquesta.

Mi mirada recorrió ansiosamente el interior del bar. Me consideraba capaz de reconocerla, máxime si iba acompañada por Doug.

La vi a ella, pero no a Doug. Se encontraba en una mesilla del fondo. Su natural belleza llamaba poderosamente la atención, muchos clientes no podían evitar unas miradas de soslayo hacia ella.

Un tipo joven estaba a su lado, rubio, bien rasurado, vestido con unas elegantes y pulcras ropas deportivas. Me resultaba totalmente desconocido.

—Hola.

Mi saludo cortó en seco la discusión verbal en la que se hallaban enzarzados. El joven mostraba un rostro bastante acalorado. Ella, por el contrario, se mantenía serena, incluso adiviné cierta burla en sus ojos, grandes, negros, luminosos. Era muy hermosa, desde luego.

Me observaron con curiosidad.

—¿Quién es usted? —preguntó el rubio.

—¿Helen Clanton? —pregunté a mi vez, dirigiéndome a ella.

—Yo soy —asintió la joven.

—¿No me conoce?

—¿Quién es usted? —insistió el rubio, alargando el cuello e interponiendo su cabeza.

—¿Y usted? —le repliqué.

—Soy Steve Conway —respondió con orgullo.

—Lo siento. No me suena.

Enrojeció. Ella dejó escapar una carcajada. El se violentó aún más.

—¡No moleste porque...!

—Sólo pretendo hablar unos instantes con esta señorita —le interrumpí.

—Está acompañada, ¿no lo ve? Por tanto, molesta. Lárguese.

—Se trata de algo importante y urgente.

El tipo reconsideró un poco su postura y ladeó la cabeza para inquirir:

—¿Helen?

Ella dijo, sin dejar de mirarme:

—La verdad es que no le conozco de nada.

—Ya lo oyó. ¡Márchese!

—Bueno, tal vez no me recuerde. Nos vimos de pasada y posiblemente no sea su tipo.

—Deje los chistes a un lado.

—Pero seguro que recuerda a mi amigo —añadí, haciendo caso omiso de las palabras del rubio y aguantando la mirada de ella—. Doug Latimer.

No parpadeó, pero el vaso le tembló en la mano.

—¿De quién habla? —se interesó el rubio.

—No sé —respondió ella depositando el vaso sobre la mesita. Dejó de mirarme y encaró a su acompañante—. Es un impertinente, Steve.

El otro se envalentonó.

—¡Lárguese!

—No, amiguito.

—Voy a llamar a los empleados de este local. Nos está molestando.

—No me voy a ir de aquí sin cambiar unas cuantas palabras con ella. Sabe muy bien de quién hablo. Doug y yo hemos trabajado para ella. ¿Verdad, monada?

—¡Está loco! —espetó la bella.

Su acompañante creyó llegado el momento de intervenir con hechos. Se levantó rápidamente, echando la silla atrás. Luego, me propinó un empujón.

Ya habíamos llamado la atención de muchos parroquianos. Yo había atrapado la muñeca derecha del rubio, apretándosela

fuertemente.

—No sea majadero —le dije.

El me replicó con el otro puño, dándome en el hígado. Eso me sacó de quicio y le arreé a mi vez. La pelea estalló definitivamente.

Por el rabillo del ojo pude observar cómo la muchacha cogía su bolso y se alejaba. Me fue imposible detenerla porque tenía al rubio encima, en una especie de cuerpo a cuerpo, castigándome los flancos.

Le metí un rodillazo en el bajo vientre, deseoso de acabar aquello cuanto antes. Los curiosos no sabían si intervenir o no. Mientras se lo pensaban, yo tomé una de las sillas y se la rompí en la cabeza al rubio.

Fue la forma más rápida de acabar aquella tonta pelea.

El joven puso los ojos en blanco y se derrumbó lentamente, quedándose en el suelo como un gusano arrugado.

—¡Paso! —grité.

Aquello impresionó a los clientes y empleados. Salí de allí sin ningún problema, dejando atrás murmullos y caras de estupor.

De la muchacha, por supuesto, no había rastro. Posiblemente hubiera retornado a su apartamento. No tenía otro sitio adonde ir, al menos yo. Aunque me quedaba la solución de recurrir al padre de la joven.

La señora rechoncha se encontraba ahora barriendo el patio.

—Acaba de subir —me informó, apoyándose en la escoba—. Ni siquiera me saludó, pasó como una flecha...

—Gracias.

Subí rápidamente. Al llegar frente a la puerta vacilé. No sabía si tirar abajo la hoja de madera o llamar. De repente, se abrió la puerta.

La muchacha apareció presurosa, tropezando con mi humanidad.

—¡Oh! —exclamó, desorbitando los ojos.

Sin ningún miramiento la empujé hacia el interior. Yo pasé también y cerré la puerta.

—Bueno, señorita Clanton, ahora estamos solos y vamos a poder charlar durante un rato.

Me miraba furibunda desde el suelo, adonde había caído tras trastabillar y perder el equilibrio. Me aproximé y le ofrecí una mano

para que se levantara. La rechazó y se puso en pie de un salto, sin desprenderse del bolso.

—¿Qué quiere usted? —barbotó.

—Ya se lo he dicho: hablar.

—¿De qué?

—Vayamos a un lugar más cómodo.

Pasamos al *living*. Los dos permanecemos de pie, vigilándonos.

—Escupa ya —dijo. Su pecho subía y bajaba rítmicamente, expresando la rabia que la embargaba.

—Se trata de cierto asunto en el que metió a Doug Latimer y éste me metió a mí.

—No sé nada.

—Un robo.

—No sé nada.

—Le aviso que no estoy para bromas, encanto. Una mujer ha sido asesinada y han desaparecido joyas por valor de cien mil dólares. Eso podía no interesarme si no me pudiera ver involucrado. Por otro lado, mi compañero Doug Latimer ha desaparecido. Tal vez usted sepa de él. De él y de todo este embrollado asunto.

—No sé nada.

—Yo la vi con Doug y él me confesó que usted le había contratado para robar la caja fuerte de Samantha Ellis, la mujer que precisamente ha sido asesinada... y que resulta iba a convertirse en su madrastra.

—No sé nada.

Ahora ya sí que no me pude aguantar. Mi diestra salió lanzada y chocó contra una de sus mejillas. Su bello rostro sufrió una sacudida y el lado golpeado comenzó a enrojecer.

—¡Cerdo! —Me escupió, los ojos destellando odio.

—Le avisé que no estoy para bromas, encanto.

—¡Y yo no tengo nada que hablar con usted! ¡Márchese de mi vista!

—¿Se cree que lo voy a hacer? ¿Me toma por idiota?

—Desde luego que sí. Sólo un idiota organiza el escándalo que usted ha organizado en el Pocket Bar. Ahora habrá preguntas.

—Ajá. Ya veo que se preocupa.

—¿Sabe a quién le ha pegado?

—No me importa.

—Pues le ha de importar. Ese rubio es Steve Conway, el hijo de Michael Conway, uno de los más importantes industriales de este estado, socio de mi padre, Elmer Clanton, más conocido como el magnate del Congreso... ¿Se cree que va a quedar eso así? ¡Idiota!

—Bueno, qué se le va a hacer. Ahora lo que me interesa es lo otro.

—Lárguese antes de que le saquen de aquí a patadas, estúpido, no tardarán en aparecer...

—Le dejé bien noqueado.

—Es usted muy fuerte —se pasó la mano por la mejilla lastimada.

—No quisiera hacerle otra demostración. ¿Podemos llegar a un acuerdo?

—¿Quién es usted?

—James Goodwin, posiblemente Doug Latimer le hablara de mí. Yo le ayudé en el «trabajito».

—Ajá. ¿Qué sabe exactamente?

—Doug me dijo que usted le había pedido ayuda. Una mujer la estaba chantajeando, tenía unas cartas comprometedoras para usted que guardaba en su caja fuerte. Usted le proporcionó la combinación. Esta noche pasada Doug y yo fuimos allí, yo me quedé en el coche y Doug entró en la casa. Según él, no hubo problemas. Obtuvo el cofre con las cartas. Luego le dejé por aquí cerca, iba a reunirse con usted. Nosotros habíamos quedado este mediodía, en un bar. Entonces me pagaría quinientos dólares.

Hice una pausa. Ella me observaba con curiosidad.

—¿Y? —preguntó.

—Doug no acudió a la cita ni apareció por ningún lado, nadie sabe de él. Su apartamento estaba patas arriba, el mío también sufrió una *razzia* parecida, incluso...

Estaba tan entusiasmado contándole la historia que cuando me vi venir encima el bolso ya era demasiado tarde. Recibí un impresionante impacto en la cabeza y quedé atontado y asombrado a la vez. ¿Qué llevaba en el bolso, la muy condenada? ¿Una piedra?

Fue a rematar la faena, pero aún tuve la suficiente energía para ofrecer resistencia. Conseguí atraparla por el brazo y se lo retorcí sin compasión... hasta que aulló y dejó caer el maldito bolso.

Le di un empujón, enviándola a un rincón. Entonces me hice

cargo del bolso y lo abrí, intrigado. ¡Allí dentro estaba el cofre!

La miré. Se restregaba el brazo dolorido, acurrucada en el rincón.

—¡Es usted una mala bestia! —me espetó.

—Y usted no se me queda a la zaga.

—¡Canalla!

—Olvide los insultos y hableme de este embrollado asunto. Ahora no puede negar que conocía a Doug y estaba implicada en el robo. Aquí tengo una prueba. Y esto además me indica que Doug se vio con usted.

No dijo nada.

—¿Cierto o no?

—¡Váyase al cuerno!

Avancé hacia ella.

—¡No sé nada! —gritó—. ¡No sé nada del asesinato ni del robo de las joyas!

—¿Está segura?

—¡Sólo me interesaban las cartas!

—No la creo.

—¿Para qué iba a querer yo joyas? ¡Podía tener más y mejores!

Era una verdad aplastante. Me detuve, pensativo. Mecánicamente abrí el cofre.

—¿Ve? —dijo ella—. Sólo hay cartas. Eso fue lo que me entregó Doug. ¡Lo único que me interesaba!

—Está bien.

Tomé una de las cartas, desdoblándola.

—¡Eh! —chilló—. ¿Qué va a hacer?

—Leerla.

—¡Se lo prohíbo! ¡Es una cosa íntima!

—Será divertido.

Por su atractiva boca brotó una retahíla de insultos mientras yo leía el contenido de la carta. Conforme devoraba las líneas, no salía de mi sorpresa.

—Ésta es una carta de su padre, cuando usted estaba fuera estudiando, y sólo habla de cosas intrascendentes —comenté. Seguidamente tomé otras y todas eran del mismo estilo—. ¿Qué significa esto, señorita Clanton? Por estas cartas nadie podía estar chantajeándola. ¿Qué hay detrás?

—Está bien, Goodwin, usted gana —sacudió el brazo lastimado con rabia—. Todo fue una farsa.

—¿Cómo dice?

—Para que lo entienda mejor: el robo lo planeó Samantha Ellis.

CAPÍTULO VI

¡La propia asesinada!

Creí que aún no me había recuperado del todo del golpe a la cabeza y pregunté:

—¿He oído bien?

—Sí.

—Eso tendrá una explicación.

Helen Clanton dio unos cuantos pasos hasta una butaca. Tomó asiento e inspiró largamente.

—Déme un cigarrillo —pidió.

Se lo entregué ya encendido. Mientras le daba una chupada, yo encendí otro para mí.

—Para entender bien la historia habría que dar muchos detalles —empezó explicando—. Por ejemplo, respecto a mí, puedo decirle que no me llevo muy bien con mi padre, no me gusta su entorno social, no me gustan sus ideas, no me gusta casi nada de lo que hace o dice. Y últimamente la situación es más tirante por culpa del monigote ese de Steve Conway, el hijo de su socio, con el que quiere que me case. Al muchacho le gusto y me persigue a todos lados. Ya ni aquí estoy tranquila. Han descubierto mi agujero, tendré que cambiarme...

—¿Y?

—Bueno, de pronto apareció en la vida de mi padre Samantha Ellis. Me la presentó en uno de esos estúpidos actos sociales que gusta celebrar. No sé cómo, yo, que iba con cierta aprensión, hice buenas migas con ella. Me pareció una mujer simpática, alegre. Me trató bien, con comprensión, y no criticándome a cada momento. Nuestra amistad fue en aumento.

—Pero ¿por qué el robo?

—Déjeme llegar —le dio otra larga chupada al cigarrillo—. De pronto, su carácter se endureció. Le pregunté y se mostró remisa. Finalmente se decidió a sincerarse y me contó que le hacía falta dinero, una fuerte cantidad, alrededor de los cien mil dólares. Yo no puedo disponer de ese tipo de sumas sin permiso paterno y tal como están las cosas con mi padre, no valía la pena intentarlo. Se la veía bastante angustiada, me confesó que estaba en un serio aprieto. Le propuse que se lo pidiera a papá, pero se negó en redondo, precisamente no quería que él supiera nada de esto. Lamenté no poderla ayudar, ella me dijo que lo intentaría pedir por ahí.

Hizo una pausa que yo aproveché para preguntar:

—¿Chantaje?

—Eso pensé. Ella no me lo confirmó.

—Siga.

—Al poco volvió a mí. No había tenido suerte y su efectivo no ascendía a más de diez mil dólares, pues gustaba vivir al día. Pero había ideado un plan: vender sus joyas. Era lo único que tenía y por lo que podía sacar esa cantidad que necesitaba. Sólo que había un grave inconveniente: buena parte de esas joyas, precisamente las de más valor, eran regalo de mi padre. ¿Cómo le podía justificar que no las tenía... sin tenerle que confesar que las había vendido?

Resoplé, diciendo:

—Un robo.

—Exacto. Yo la ayudé a confeccionar totalmente el plan. Tenía que realizarse de una forma verídica. Alguien que entrara como un ladrón, valiéndose de sus medios, forzando una ventana, todo eso, y abriera la caja fuerte. Darle la combinación no era inconveniente, pues se pensaría así en un auténtico profesional, capaz de abrirla sin violencia...

—Pero a esa persona no se le podía decir la verdad.

—Sí.

—Pero podía enterarse hoy.

—No se contaba con el asesinato —repuso—. Y a un robo de joyas no se le iba a dar excesiva publicidad. Esa persona no tenía por qué enterarse, menos si no pertenecía al círculo social.

—Y usted se encargó de buscar al pichón dentro del otro círculo social en el que se desenvuelve.

—Así es. Me fijé en Doug Latimer y fue fácil convencerle con mi

palmito y mil dólares.

—Creyó la historia del cofre y las cartas.

—Samantha ya había retirado sus joyas de la caja fuerte, incluso las había vendido. Colocó el cofre con las cartas, todo de mi propiedad, y a esperar el robo. Una vez realizado, ella se sorprendería, presentaría la correspondiente denuncia y todos contentos.

—Perfecto. Pero he aquí que Doug Latimer solicitó mi ayuda y yo ya he descubierto el fiasco. ¿Qué ha sido de Doug, señorita Clanton?

Ella se levantó para aproximarse a un cenicero y apagar la colilla.

—No tengo idea.

—¿Segura?

Me encaró aguantando mi mirada.

—Segura.

—Le vio anoche.

—En efecto. Vino acá. Me entregó el cofre y estuvimos un rato juntos.

—¿Le dio el dinero?

—Sí.

—¿Y qué ha sido de él?

—No lo sé. Ni me he preocupado. Ahora, al aparecer usted, es cuando he empezado a preocuparme, máxime sabiendo como ya sabía que Samantha había aparecido asesinada. Por eso vine corriendo aquí, para coger el cofre y desembarazarme de él. No sé exactamente lo que está ocurriendo, y no quiero verme implicada en un feo asunto.

—Tal vez lo esté.

—No —negó con rotundidad.

—Usted ha dicho que Samantha Ellis ya había vendido las joyas...

—Sí. Incluso sé dónde lo hizo. Yo la llevé en el coche.

—Entonces está claro que el móvil del asesinato no puede ser el robo de las joyas.

—Eso ya lo sé.

—Pero esa teoría no exculpa a Doug. Pudo haber tropezado con la dueña de la casa y...

—Ella no estaba allí.

—Pudo regresar antes de lo previsto.

—No. Yo hablé con ella anoche.

—¿Cuándo?

—Tras reunirme con Doug. Ella acababa de llegar a casa, ya había visto la caja fuerte abierta y pensaba continuar con el plan. Se la notaba un poco nerviosa. La tranquilicé, le dije que todo había salido bien...

—Bueno. Eso aclara algo —suspiré—. Doug no robó las joyas. Doug no la mató. Pero... ¿por qué ha desaparecido Doug?

Se encogió de hombros.

—¿No le contó nada anoche, cuando se vieron?

—No. Parecía feliz.

Di unos cuantos pasos por la estancia, cavilando. Me pregunté en voz alta:

—¿Por qué ha muerto entonces Samantha Ellis?

—A mí sólo se me ocurre una respuesta: ese posible chantaje de que era objeto.

Apagué mi cigarrillo, que había tardado más que el suyo en consumirse.

—¿Qué sabe de eso?

—Nada. Pero es la única posibilidad. Claro que no puedo ir a la policía y contarle. Me vería en un serio aprieto, debería dar muchas explicaciones.

—Sí.

—Y eso es todo, Goodwin.

—No lo es.

Colocó sus brazos en jarras, frente a mí.

—¿Por qué?

—Las cosas están algo más complicadas. Se lo empecé a contar cuando me arreó el bolsazo. La desaparición de Doug no es lo único preocupante para mí. Su apartamento fue totalmente registrado. Igual sucedió en el mío, incluso a mí me esperaban dos hombres que me invitaron a punta de pistola a dar un extraño paseo por las afueras de la ciudad...

—Oh, no.

—Pero no llegué a conocer sus verdaderos propósitos, se me presentó una oportunidad y la aproveché. Tuvimos un accidente y

ellos resultaron muertos. Yo había llegado a pensar que Doug había robado también las joyas, que esos sujetos buscaban éstas...

—Pero ya no puede ser.

—O usted me miente descaradamente.

De nuevo sus ojos se encendieron peligrosamente.

—¡Le he contado la verdad!

—No me puedo fiar, encanto. Ya nos la jugó bien con el cuento de las cartas.

—Se lo juro. Puede ir al Bowery, a la Mulberry Street, a una tienda de antigüedades llamada Clarion. Allí realizó la operación de venta Samantha Ellis.

—Iré, desde luego. Pero aún hay más.

—¿Qué?

Yo di un par de pasos al frente y ella retrocedió hasta que su espalda tropezó con la ventana.

—¿Cómo sabían esos matones de nosotros?

—No... no le entiendo.

—Es muy claro. ¿Cómo sabían los tipos que registraron nuestros apartamentos, los que me asaltaron, que posiblemente fueran los mismos, cómo sabían de Doug y de mí?

Calló.

—Sólo se me ocurre una respuesta: usted —la señalé con un índice.

—Está equivocado.

—Pues ¿quién?

—Ella... Samantha.

—Pero está muerta.

—Antes de morir lo pudo decir.

—Así que ella sabía de nosotros...

—Bueno, en honor a la verdad, sólo de Doug. Ella al principio no quería saber los detalles, pero precisamente anoche cuando la llamé, los quiso saber. Desde luego, yo no tenía noticia de que usted hubiera intervenido. Doug no me habló de usted.

—Eso nos lleva nuevamente a Doug.

—Sí.

—El asesino pudo saber de Doug por Samantha y luego de mí por Doug, ¿no es eso?

—Algo así. Pero no entiendo por qué ese interés. El asesino mató

a Samantha por una razón, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Por qué ir a por Doug y a por usted? No tienen nada que ver con Samantha. Ni siquiera lo que robaron le pertenecía.

—Sí, eso es lo que me vuelve loco.

—Tal vez..., tal vez lo que les ha sucedido a Doug y a usted no tenga nada que ver con el asesinato de Samantha.

—No lo creo. Doug y yo no andábamos metidos en ningún lío últimamente.

—¿A qué se dedica usted? Si recuerda lo que ha hecho en las semanas...

—No me dedico a nada en especial.

—¿Sin profesión?

—Antes era detective privado.

—Interesante. ¿Por qué lo dejó?

—Me retiraron la licencia.

—¿Por qué?

—Olvídelo. Eso sucedió hace años.

—¿Y Doug?

—Es un granuja, un vividor, pero sin grandes pretensiones. No me lo imagino relacionado con matones que empuñan pistolas, tienen buenos coches y dan paseos a la vieja usanza...

Ella achicó los ojos.

—Podría contratarle —dijo de pronto.

—¿Para qué?

—Usted conoce el oficio de la investigación. Podría averiguar lo que está pasando.

—No tengo licencia.

—Por libre.

—No.

—¿Por qué?

—Porque eso es algo que pienso hacer, me contratara usted o no.

—Ajá.

—De todas formas, prefiero que no me contrate.

—¿Por qué?

—Sigo sin fiarme del todo de su historia, señorita Clanton.

—¿La desconfianza del viejo sabueso?

—Llámelo así. Prefiero continuar con mi independencia. No quiero deberle nada.

—Es usted un hombre muy singular.

Le dediqué una mueca.

—Pues me va a tener que deber —agregó.

—¿Por qué?

Con un dedo me señaló la ventana. Ella acababa de mirar hacia abajo.

—Va a necesitar de mi ayuda para salir de aquí. Steve y un par de policías uniformados acaban de entrar en la casa. Seguro que la chismosa de la señora Hutchinson les habrá dicho que usted subió... y todavía no ha bajado.

CAPÍTULO VII

—¿Es eso cierto? —Casi grité, apartándola y asomándome precipitadamente.

Pero no vi nada.

Ella sonrió y dijo:

—Desde luego que sí.

Acto seguido sonó un par de veces el timbre de la puerta. Respingué. Mi primera reacción fue sacar la pistola. Helen Clanton retrocedió asustada.

—¡No sea loco!

—No pienso dejarme coger. Me vería envuelto en el asunto de Samantha Ellis.

—A mí tampoco me interesa que le atrapen. Yo lo arreglaré, Goodwin.

—No me fió de usted.

—Deje de decir tonterías. Estamos juntos en esto, lo quiera o no. El timbre seguía sonando. Ahora, incluso, golpeaban la puerta.

—¿No hay escalerilla de incendios?

—No.

—Entonces me abriré paso con la pistola.

—Déjeme hacer a mí, por favor. Venga.

—¿A la puerta? Usted sí que está loca.

Ya estaban intentando derribar la hoja de madera los otros, impacientes.

Ella me tomó de una mano y me explicó apresuradamente su plan. Me dejé convencer, situándome en el rincón de la entrada.

—Pero tendré la pistola empuñada —advertí.

—Si no puede evitar ser desagradable... —comentó. A continuación apoyó la diestra en el pomo de la puerta, que estaba

recibiendo unos buenos golpes, y se puso a gritar—: ¡Socorro! ¡Socorro!

Abrió de pronto, cubriéndome con la misma hoja de madera. El corazón se me aceleró. La escuché gritar frenética:

—¡Por la ventana del *living*! ¡Por la ventana! ¡De prisa O se escapará!

Los tres pasaron como flechas, sin siquiera pronunciar una palabra. Ella me franqueó el paso rápidamente y cerró la puerta. Yo bajé corriendo las escaleras. La señora de la limpieza se quedó de muestra al verme. Moví la mano armada para guardarme la pistola, ella creyó algo peor y se vino abajo, desmayada.

Salí a la calle. Vi un taxi, le detuve y le pedí que se alejara de allí a todo gas. Traté de serenarme y pensar. Tenía que comprobar lo de las joyas. Así que le di la dirección del Bowery.

La carrera me costó cuatro dólares veinticinco centavos. Mis provisiones económicas disminuían peligrosamente. La tarde declinaba.

El Clarion era una tienda de antigüedades situada cerca del cruce con Spring Street. Una especie de cuchitril que apenas llamaba la atención. Por detrás del cristal de la puerta había colgado un letrero que decía OPEN. Empujé y entré. Sonó una campanilla.

No había nadie. Al momento se corrió una cortina que había tras el mostrador y apareció un hombre de aspecto insignificante, como el mismo comercio.

—Usted dirá, señor...

Le observé mejor. Tendría ya el medio siglo de existencia, su cabeza estaba monda como una bola de billar, poseía ojillos de rata y no hacía más que frotarse las manos. Su corta estatura y su delgadez eran casi patéticas.

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

—Soy Lars Eaton.

—Ted Burton —sonrió.

—Verá... —Bajé la voz—. Estoy interesado en desprenderme de... de cierta mercancía.

—¿Qué clase de mercancía?

—Joyas. ¿Le interesa?

El hombre ensanchó su sonrisa, respondiendo muy amablemente:

—Se ha equivocado, señor. No me dedico a eso.

—Pues me informaron de todo lo contrario.

—¿Quién le informó, señor?

Le miré fijamente. Tenía que aventurarme. Si conocía que estaba muerta, se pondría más difícil.

—Samantha Ellis.

Palideció al momento, dejando de frotarse las manos y apretándolas entre sí. Los nudillos le blanquearon.

—Supongo que la conoce —agregué—. Hicieron un negocio juntos.

—¡Oiga, yo no sé nada! —se exaltó un poco, mostrándose además muy nervioso.

—No le creo.

—¿Acaso es policía?

—Peor.

Me dirigí hacia la puerta y le di la vuelta al letrero.

Ahora se podía leer desde fuera CLOSED, por tanto nadie entraría a interrumpir la conversación.

Por el rabillo del ojo observé cómo el tal Ted Burton se movía. Le pillé abriendo un cajón. El se quedó muy quieto, aún más pálido, viendo la pistola que le apuntaba.

—¿Qué iba a hacer, estúpido?

—Na... nada.

—Veamos.

Di un rodeo y pude comprobar que allí guardaba un pequeño revólver.

—Está poniendo las cosas difíciles, amigo.

—Fue... fue... —No le salían las palabras de disculpa.

—Hablemos de Samantha Ellis —dije—. Supongo que no me negará que la conocía.

—Sí...

—Ella vino aquí y me ofreció la mercancía. Le di un precio, estuvo de acuerdo y realizamos la operación.

—¿Cuánto le dio?

—Sesenta mil.

—Buen negocio.

—Fue un negocio legal —se apresuró a explicar—. Esas joyas eran suyas y yo las compré. Tengo el recibo.

—Ajá, un recibo y todo. ¿Sabe que ella ha muerto?

—Sí, lo he leído.

—Y la policía cree que el móvil ha sido el robo de las joyas. Usted podría sacarles del error. ¿Por qué no lo hace?

—Precisamente me comprometí a ello con esa señora. Ella me lo advirtió. No debía declarar que las joyas las había vendido. Por eso recurrió a mí —forzó una sonrisa—. Por otro lado, si declarara, la policía comenzaría a investigar y eso no le conviene a mi negocio.

—No es más que un sucio perista, ¿eh?

—La tienda da poco —trató de justificarse.

—¿Se conocían de antes?

—No.

—Entonces, ¿cómo entró ella en contacto con usted?

—Por un amigo común.

—¿Quién?

—Burt MacAlister.

—No le conozco.

—Trabaja como detective privado. Tiene oficina en la Lexington Avenue. Nos conocemos de algunos... chanchullos.

—No debe ser un detective privado muy limpio.

—MacAlister sabe lo que quiere: dinero. Como todos, ¿no?

—Sí —asentí—. Es el gran sueño del ser humano desde que tiene uso de razón: ser rico.

Soltó una risita nerviosa como si le hubiera hecho mucha gracia mi comentario.

—Bien, amigo, le dejo —añadí—. Por si tengo problemas por su culpa, volveré.

—¡No diré nada!

—Eso espero.

Retrocedí hasta la puerta sin perderle de vista, abandonando seguidamente la tienda. Caminé unas cuantas manzanas hasta encontrar una cabina telefónica. Allí había un listín. Comprobé que sólo había un MacAlister detective privado y con oficina en Lexington Avenue. Memorice el número de la calle y luego introduje unas monedas en el aparato, llamando al apartamento de Sally. Confiaba en que ya estuviera en casa, preparándose para su

siguiente trabajo en el Big Bar.

En efecto, estaba. Le pregunté si había tenido alguna noticia de Doug y me respondió que no. Se interesó por mis andanzas y yo le di respuestas vagas. Le rogué encarecidamente que en el bar indagara sobre el paradero de Doug. Ya la volvería a llamar allí.

Ahora estaba interesado en MacAlister. ¿Cuál podía ser la relación exacta entre él y Samantha Ellis? ¿Amistad, negocios...?

Me encontré con una oficina elegante, suntuosa. El trabajo de MacAlister debía ser muy floreciente. Incluso podía pagarse una secretaria.

Era una mujer de unos treinta años, rubia, alta, de buenas piernas. No era muy atractiva, pero sus ojos expresaban una gran viveza.

—Lo lamento, señor. Tendrá que venir mañana. El señor MacAlister no está y ya no vendrá en lo que resta de tarde —me informó rápidamente.

—Es urgente —repliqué—. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Se marchó a Jersey City por asuntos de trabajo. Regresará esta noche, no sé cuándo. Si quiere asomarse por su casa luego...

—Sí. ¿Dónde vive?

No tuvo inconveniente en facilitarme la dirección, agregando con una sonrisa:

—Tal vez yo pueda ayudarle...

—Tal vez —asentí—. Estoy interesado en un par de personas que tienen relación con su jefe. Una de ellas es el propietario de una tienda de antigüedades en el Bowery. Un tal Ted Burton.

—¿Ted Burton? —Hizo un gesto de extrañeza—. Es la primera vez que escucho ese nombre.

—¿Y el de Samantha Ellis?

Ahora vaciló, sin llegar a decir nada. Jugueteeó nerviosamente con el bolígrafo.

—¿Sí? —inquirí.

—Ése es un feo asunto, señor.

—¿Por qué lo dice?

—¿No ha leído el periódico?

—Sí. Por eso me encuentro aquí, señorita. Estoy investigando los contactos de Samantha Ellis.

—Pero usted no es policía.

—Se trata de una investigación privada. Más o menos somos colegas.

—Entonces sabrá que no se debe hablar sobre asuntos de la oficina —me sonrió.

—¿MacAlister trabajaba para Samantha Ellis?

—¿No me ha entendido? ¿Por qué insiste?

—Es importante, señorita. Hay un asesinato por medio. Si usted me dice cuál era la relación entre su jefe y Samantha Ellis, habrá adelantado bastante camino. Puede confiar en mí. No diré nada.

Se humedeció los labios con la punta de la lengua, mirándome con fijeza.

—Podemos llegar a un acuerdo —dijo de pronto—. La vida cada día está más difícil.

—Dinero, ¿eh?

Me dedicó una nueva sonrisa.

Sentí ganas de sacar la pistola, pero eso tal vez empeoraría la situación. Ted Burton tenía cosas que ocultar y no iba a recurrir a la policía. Aquella chica, por el contrario, sí podía llamarla, alegando que había sido asaltada.

Me registré los bolsillos con rabia, diciendo:

—No soy rico. Creo que no llevo encima más de cincuenta dólares...

—Ese encendedor me gusta. ¿Es de oro?

Había ido sacando casi todo lo que llevaba encima, excepto la pistola. El encendedor era fruto de uña partida de póquer con un par de palomos.

—Puede quedárselo.

—Es muy amable.

—¿Y? —Me impacienté.

—Tranquilo, hombre. Los archivos están a nuestra disposición. En seguida encontraré el dossier...

Se puso en pie y los dos entramos en el despacho de MacAlister. Por más que buscó, no encontró lo que quería. Yo me enfadé:

—¡Me está tomando el pelo, muñeca!

—¡No! —exclamó. Su rostro expresaba una total y sincera sorpresa por cuanto sucedía—. Quería recurrir al dossier para ofrecerle todos los detalles, pero no aparece por ningún lado. No está. Debe tenerlo él personalmente, no sé por qué...

—Maldita sea —rezongué—. Como me esté engañando...

—¡Le juro que no! Yo sólo sé que el señor MacAlister realizó una investigación sobre esa mujer, por eso me sonaba el nombre, pero el asunto lo llevó directamente él. El cliente era muy importante.

—¿Quién era ese cliente?... —pregunté—. ¿Al menos sabe eso?

—Sí, desde luego. Y creo que esa información bien vale el encendedor de oro.

—¿Quién? —Me impacienté de nuevo.

—El señor Elmer Clanton.

CAPÍTULO VIII

Elmer Clanton vivía en una exquisita mansión de Park Avenue, eso lo sabía casi todo el mundo en New York. Presentarme allí, tras lo ocurrido con su hija y el hijo de su socio era un poco suicida, pero si quería llegar hasta el final en el asunto, no tenía otro remedio. Me interesaba conocer por qué Elmer Clanton había contratado a Burt MacAlister para realizar una investigación sobre Samantha Ellis y qué resultados había dado la pesquisa. Posiblemente el detective privado no me facilitara detalles ateniéndose al secreto profesional. De todas formas, no olvidaba a Burt MacAlister. Si mi entrevista con Elmer Clanton no aclaraba todas mis dudas, pensaba visitar también al detective privado. El asunto de las joyas, con el amigo suyo perista por medio, me seguía preocupando. Tenía que encontrar cómo encajaba todo ello en el caso de Samantha Ellis.

Me atendió un pulcro mayordomo, el cual me informó que el señor Clanton se encontraba reunido con una visita y había dado orden de que no se le molestara. Dada la hora que era, próxima a la cena, me aconsejaba que volviera al día siguiente.

Yo no estaba de acuerdo, insistiendo en ver al dueño de la casa. Durante el tira y afloja, surgió de pronto la voz de ella:

—¿Qué ocurre, Frank?

El mayordomo se lo explicó rápidamente mientras ella me miraba asombrada.

—Está bien. Retírese. Yo me encargo de ello.

En cuanto se hubo marchado el empleado, se encaró a mí exclamando:

—Pero ¿está loco? ¿Cómo se presenta aquí?

—Era necesario.

—¿Por qué?

—He averiguado algunas cosas más.

—¿Qué?

Vacilé.

—¿No me lo va a decir? ¿Aún no se fía de mí?

—Lléveme ante su padre y lo sabrá. Es bastante sorprendente.

—¿Sabe con quiénes está?

—No.

—Con los Conway.

—Oh.

—Están discutiendo sobre lo sucedido. Steve es un gilipollas. Ya he acabado definitivamente con él y me importan un comino los acuerdos que hagan entre ellos. Sea cual sea el resultado de la reunión, creo que voy a largarme para siempre de casa.

Se la veía excitada.

—¿Qué pasó en su apartamento?

—Sencillamente les dije que usted me amenazó.

—Ya.

—Steve llevaba a la policía por si acaso necesitaba ayuda. Estaba muy enfadado con usted y quería denunciarle. Pero como yo no sabía su nombre... —sonrió.

—Gracias.

—Pero ahora lo va a echar todo a rodar.

—No crea. Vamos.

Se encogió de hombros, invitándome a ir tras ella. Irrumpimos sorpresivamente en el despacho de Elmer Clanton. El rubio aulló nada más verme:

—¡Es él!

Se quiso lanzar sobre mí, pero un hombre de mediana edad, delgado, de pelo entrecano y ojos claros, le detuvo prudentemente.

—¡Padre, es él! —gritó—. ¡Hay que llamar a la policía!

El otro hombre maduro que se encontraba en el despacho era alto y corpulento, muy moreno, de ojos oscuros, nariz achatada y boca de gruesos labios. Era el todopoderoso Elmer Clanton.

—¿Qué formas son ésas, Helen? —Se encaró a su hija, el rostro grave.

—¡Fíjese, señor Clanton! —tronó el rubio, todavía sujeto por su padre—. ¡Su hija está de acuerdo con ese fulano!

—La señorita Clanton y yo hemos hecho las paces —hablé por

fin, cortando la réplica de la muchacha—. Incluso hemos hecho una especie de pacto para llevar adelante una investigación.

—¿De qué habla este hombre, Helen? —le preguntó su padre.

—El es detective privado —explicó, y yo no la contradije—. Está trabajando en el asunto de Samantha Ellis.

—¿Samantha?

—E investigando he llegado hasta usted, Clanton... —dije.

—¿Cómo?

—Usted está relacionado con el asunto.

—Bueno, Samantha y yo íbamos a casarnos. Pero no sé más. No tengo nada que ver con el robo y el asesinato.

—Me temo que sí.

Enrojeció, amenazándome seriamente:

—Como trate de involucrarme, se lo haré pagar caro.

—Ya está involucrado. Hay un hombre que tuvo que ver con Samantha Ellis y también con usted.

—¡No sé de qué habla! —exclamó despectivo.

—Burt MacAlister —dije sencillamente.

El nombre le sentó como un tiro en el estómago. Se quedó blanco, mudo.

Steve Conway ya parecía haberse calmado, volviendo a su asiento. Su padre me observaba con fijeza y curiosidad. Helen asistía interesada a la conversación.

—Burt MacAlister es un detective privado que trabajó para usted —agregué al ver que no decía nada.

—No es cierto —balbució.

—Puedo probarlo. Deje de mentir, Clanton, lo hace porque tiene miedo. Sabe que si eso sale a la luz pública puede acarrearle problemas, tal como están ahora las cosas.

—¿Quién le ha contratado?

—Eso es secreto profesional.

—Pues yo tampoco le...

—No sea niño —le interrumpí—. Le estoy dando una oportunidad para que se explique, pero si prefiere entenderse con la policía y que todo el mundo lo sepa...

Se paseó nervioso por delante de todos. Steve Conway no se pudo contener y exclamó:

—¿Va a aguantar las amenazas de este payaso?

—Lo hará —sonreí—. ¿Qué relación había entre MacAlister y usted, Clanton?

El todopoderoso se detuvo, encarándome. Hubo irnos segundos de expectación, pero al final dijo:

—Trabajaba para mí.

—Lo sé. ¿En qué?

—Quería... quería un informe sobre la vida de Samantha Ellis.

—¡Papá! —exclamó asombrada Helen—. ¿Tú hiciste... eso, tú?

—Comprende —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Necesitaba saber que en su vida no había nada grave, vergonzoso... a pesar de que ella me había dicho que no.

Helen dio la callada por respuesta, pero su mirada era todo un poema.

—Si ella soportaba una investigación a fondo por parte de Burt MacAlister —siguió explicando Elmer Clanton—, también la aguantaría por parte de mis enemigos políticos. No podía casarme con ella, por mucho que la quisiera, si luego podía ser mi talón de Aquiles.

Fue tan crudo que me dio asco. Asco y pena. Vivía esclavo a pesar de su dinero y su poder. Esclavo de su imagen.

—Eso es todo —finalizó, apretando los labios.

—No —dije.

—¿Qué más quiere saber?

—Lo que decía el informe.

—Nada nuevo. Todo coincidía con lo que ya sabía por ella. Era una mujer divorciada y había llevado hasta el momento una vida normal, sin escándalos.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

Le miré. Me dio la impresión de que no mentía, que no sabía más. La visita a Burt MacAlister se hacía, por tanto, imprescindible.

—De acuerdo. Gracias por su colaboración.

—¿Se va a ir así? —gritó el rubio Steve Conway.

Nadie dijo nada y yo salí de la estancia acompañado por Helen.

—¿Qué piensa? —me preguntó ya en el vestíbulo.

—No sé... hasta que no hable con ese MacAlister. Si realmente su misión era investigar a Samantha Ellis y no había ninguna mancha en su vida, ¿por qué se relacionó con ella y le proporcionó

la dirección del perista?

—¿Cree que... la chantajeaba?

—Muy posiblemente.

—¿Va a visitarle?

—Sí.

—¿Me necesita?

—No.

—Lleve cuidado.

—Usted preocúpese de que no vayan a la policía con la historia.

Al menos, de momento.

—Mi padre le quitará las ganas a Steve. Le conviene.

—Sí. Me lo imagino.

—¿Volveremos a vernos?

—Desde luego. Estaremos en contacto con usted.

Me abrió la puerta, salí, pero antes de alejarme di media vuelta para encararla de nuevo.

—Por cierto —dije—, aún no le he dado las gracias por lo que hizo.

—No tiene impor...

Le di un beso de refilón y ahora sí me alejé sin volver la vista atrás. Pero en mi pensamiento continuó su imagen hasta que llegué a casa del detective privado.

Vivía en una barriada elegante, próxima a su oficina. El conserje nocturno me informó que todavía no había llegado, pero no por eso me desanimé. Estaba dispuesto a esperar hasta la madrugada si era preciso. Consideraba muy importante para el caso hablar con él. Sospechaba que tenía la clave.

En la acera de enfrente había un *snack*. Me colé allí y cené a base de bocadillos y cerveza, sin mucho apetito. Entonces me acordé de Gloria Hayward, la hermana de la asesinada. No iba a poder ir a su cita de las nueve para tomar una copa. La promesa de sus ojos tendría que quedar con un interrogante. De todas formas decidí telefonarla. No tenía obligación de avisarla, pues no le había prometido nada, pero era una buena excusa para entablar relación y averiguar si sabía algún detalle de última hora. Ella debía tener contactos con la policía.

Aproveché el teléfono público que allí había. Gloria Hayward se encontraba en casa.

—Soy Richard Bloom.

—Oh, señor Bloom —exclamó—. Le estaba esperando.

Parecía contenta por la llamada.

—Precisamente le telefoneo para comunicarle que no podré ir.

—¿Cómo es eso? —se desilusionó.

—Tengo mucho trabajo.

—Pero podría hacer un esfuerzo. Le prometo una velada estupenda.

—Estoy seguro de ello, pero me es imposible. Por cierto, ¿hay alguna novedad respecto al caso de su hermana?

—Desgraciadamente, no.

—¿La policía qué dice?

—Están bastante despistados. Creen que es la obra de un gran profesional.

—Ya —musité, sonriendo burlón.

—¿Qué, no se anima, señor Bloom?

—No puedo. En otra ocasión. Se lo prometo...

Ella insistió un poco más, pero al final conseguí cortar. Entonces busqué en el mismo listín el número telefónico del Big Bar. También quería hablar con Sally.

Se encontraba en el descanso de su actuación. Le pregunté por Doug, pero no tenía noticias. Había preguntado allí por él a numerosos conocidos, sin ningún resultado. Parecía que se lo había tragado la tierra. Antes de cortar, le rogué que continuara las pesquisas.

Regresé al edificio con la preocupación de Doug, algo que me estaba acompañando todo el día. ¿Qué le podía haber pasado? A veces tenía el presentimiento de que me había desviado del camino y la investigación que estaba realizando no tenía nada que ver con él. A lo largo del recorrido no había hallado rastro de él.

Me olvidé momentáneamente cuando el conserje me informó que el señor MacAlister no hacía ni diez minutos que acababa de llegar.

Lo encontré ya envuelto en un batín, con cara de cansancio, dispuesto a irse a la cama.

Era un tipo de mediana estatura, pelo rizado, facciones angulosas y algo obeso.

Le dije que me llamaba James Goodwin, era un colega y quería

hablar con él.

—¿No le es igual que nos veamos mañana en mi oficina, amigo?
—propuso—. Estoy agotado. He llevado un día muy movido.

—Es urgente.

—Está bien. Le concedo diez minutos. No quiero ser descortés con un colega.

No me pasó del recibidor, de todas formas. Me miró a los ojos y esperó.

Yo fui al grano directamente:

—Se trata de Samantha Ellis.

—¿Cómo? —Casi saltó.

—Samantha Ellis. Usted la conocía.

Me observó mejor, pasándose una mano por la barbilla.

—No acostumbro a hablar de mi trabajo, amigo. Lo siento.

—De éste, sí.

—Se equivoca. Será mejor que se marche.

—No.

—No admito...

—Lo admitirá, MacAlister —le impedí que alcanzará el pomo de la puerta—. Sé bastante sobre usted. He hablado con el señor Clanton y sé que le contrató para que le elaborara un informe sobre Samantha Ellis. Hasta ahí, bien. Pero de pronto usted se relacionó con ella. Incluso le recomendó un perista para desembarazarse de sus joyas. He hablado también con Ted Burton, al parecer buen amigo suyo, han realizado varios chanchullos...

—¡Me está insultando!

—Eso no es nada, MacAlister, con lo que puede haber detrás de todo esto. Samantha Ellis, como creo que usted ya sabrá, ha muerto asesinada. Se cree que el móvil es el robo de las joyas, pero tanto Ted Burton, como usted y como yo sabemos que no es así.

—Ese viejo puede decir lo que quiera.

—Posiblemente le quiten la licencia. ¿Quiere que llame a la policía y les cuente la historia?

Burt MacAlister se lo pensó seriamente. Algunas gotitas de sudor comenzaron a perlar su frente.

Yo insistí:

—Usted entabló relación con la persona que investigaba por alguna razón... y por esa misma razón usted le recomendó a Ted

Burton para que le comprara las joyas. Sé que ella necesitaba dinero urgentemente, tenía problemas, posiblemente un chantaje. ¿Por qué usted la ayudó a vender las joyas? ¿Por qué usted se metió en ese asunto? ¿Era usted el chantajista, MacAlister?

Sacó un pañuelo del bolsillo del batín y se lo pasó por el rostro.

—¿Podemos llegar a un acuerdo, Goodwin? —preguntó de forma susurrante.

—Si me dice la verdad.

Resopló.

—Es cierto. Yo la ayudé a vender las joyas para conseguir dinero.

—Eso ya lo sabía, MacAlister. Así no va a conseguir nada. Me interesa lo otro. ¿Cómo entablaron relación?

—Usted lo ha dicho. Yo la investigaba. Tenía que acercarme a ella, saber...

—Déjese de cuentos. Para elaborar un informe sobre una persona, precisamente con quien no se entrevista uno es con esa persona. Recuerde que soy del gremio.

—¡Está bien, Goodwin!... —estalló—. Descubrí una mancha en la vida de Samantha Ellis, la oculté en el informe a Elmer Clanton y me entrevisté con ella. Le hice chantaje, sí. Ella me dijo que no tenía dinero, le di un tiempo para buscarlo, durante esas fechas me forzaron la oficina una noche, temí que fueran empleados de ella con la intención de sustraer las pruebas, pero no fue así; de todas formas retiré el dossier de allí y la apremié. Ella estaba bastante desesperada, me habló de sus joyas, le dije que no me interesaban, pero que conocía quién podía comprárselas, la envié a Ted Burton... Así obtuvo parte del dinero que le había pedido. Quedamos en que el resto me lo daría más adelante. ¡Pero yo no he tenido nada que ver con su asesinato! ¿Para qué iba a matarla, si aún me iba a dar cincuenta mil dólares más?

—Es usted un gusano, MacAlister —le espeté. El continuó limpiándose el sudor de la cara—. ¿Qué clase de mancha descubrió?

—Durante su matrimonio pasó unas cortas vacaciones en Hawaii. Una semana. Allí coincidió con un tipo con el que sostuvo un breve e intenso romance. Ese tipo era nada más y nada menos que Richard Pullman, el hombre del que se sospecha controla la red de prostitución de los barrios bajos de Manhattan.

CAPÍTULO IX

—¡Richard Pullman! —exclamé sin poderme contener, completamente asombrado.

El detective privado me miró con perplejidad.

—¿Acaso le conoce?

—He oído hablar de él...

No le iba a contar que antaño había perdido la licencia por un asunto relacionado con él, aunque no se había podido probar claro. Bien, ahora había llegado el momento de visitarle y conocerle.

—¿Está seguro de eso? —pregunté.

—Por supuesto. Lo comprobé punto por punto. Desde luego, fue una cosa ocasional. En New York no volvieron a encontrarse ni una sola vez.

—¿Y fue durante su matrimonio?

—Sí.

—Hum. Eso pudo saberlo el marido. ¿Se divorciaron al poco?

—En efecto, pero no profundicé en ello. John Ellis es en la actualidad un hombre que goza de un gran prestigio social y profesional, está casado y tiene un hijo.

—¿Habló con él?

—Sólo con allegados, pero sé su dirección. Si quiere visitarle...

—Démela. Tal vez lo haga.

Tomé nota mental de ella. Burt MacAlister me preguntó ansiosamente:

—¿Va a denunciarme a la policía?

—Por el momento, no. El asunto de las joyas ya ha dejado de interesarme, busco a un compañero desaparecido y a un asesino. Si usted no tiene nada que ver con ello...

—¡Se lo juro, Goodwin! ¡Me llevé una gran sorpresa cuando leí

esta mañana la noticia en el periódico! ¡Soy inocente!

—Pero eso no quita para que sea usted un tipo despreciable.

Aguantó el insulto estoico. Yo agregué:

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Pullman?

—Sí, sí —se mostró servicial—. Por las noches está en el Snake Club, es el más prestigioso de sus negocios. Un local elegante para gente distinguida del hampa.

Cuando llegué allí, me llevé una nueva sorpresa. Encontré el local cerrado, los rótulos apagados. No había nadie en la entrada, salvo una mujer gorda y madura que vendía tabaco y cerillas.

Le pregunté.

—¿No lo sabe, amigo?

—¿Qué?

—El dueño, Richard Pullman, fue cosido a balazos esta mañana.

* * *

Supe también que el cuerpo, tras cumplir rápidamente los trámites legales, iba a ser trasladado a la funeraria de la East 14th Street, donde sería velado el resto de la noche hasta el mediodía siguiente en que se procedería a su inhumación en el cementerio.

Le eché un poco de cara a la cosa y me presenté en el negocio de pompas fúnebres. El cadáver todavía no había llegado. Había gran cantidad de personajes por allí, todos bien trajeados, con apariencia de ejecutivos. Sin excepción, todos presentaban caras largas, graves.

No conocía a nadie y me iba a resultar difícil pegar la hebra con aquellos tipos, desconfiados por naturaleza, sobre todo con desconocidos. Afortunadamente descubrí a un pequeño grupo de periodistas, tres en total, que cubrían la información y se encontraban apartados del resto.

Le eché un poco más de cara a la cosa y me planté ante ellos contándoles que acababa de llegar de Jersey City como enviado especial del *Chronicle*. Me saludaron y se mostraron muy locuaces.

—Esta mañana, al salir de su casa, le tirotearon desde un auto que rápidamente se dio a la fuga. Era un «Chevrolet» que luego encontró la policía. Robado.

—¿Pullman murió en el acto?

—Sí. Le tiraron a la cabeza y al corazón. Un «trabajo» perfecto.

—¿Enemigos?

—Siempre hay enemigos en este negocio...

—Pero parece ser que su peor enemigo estaba dentro —añadió otro—. Ése es el rumor.

—No lo entiendo.

—Bueno, se habla que Richard Pullman tal vez no fuera el auténtico cerebro gris de la red de prostitución...

—¿Otra persona?

—Sí. Y al parecer las cosas no iban bien entre ambos.

—¿Y quién puede ser?

—Es un misterio. Si realmente existe, su nombre sólo lo sabía Pullman.

—Pero tal vez haya suerte y todo estalle —habló el tercero, que hasta ahora no había abierto la boca—. Hay que estar atentos a las próximas horas. Eso es lo que ha dejado entrever Peter Ford, su mano derecha.

—¿Quién es?

Me señalaron a un tipo larguirucho, de perfil de halcón, que se encontraba solo en un rincón, muy pensativo.

—Ha hablado de un broche.

—¿Un broche?

—Sí. En una ocasión su jefe le dijo que si le sucedía algo posiblemente recibiera un broche. Allí encontraría la razón.

—Hummm...

Les dejé bromeando sobre el broche:

—Ese Pullman debía leer muchas novelas de misterio...

Me fui con la excusa de tomar algo mientras llegaba el cadáver. Gasté mis últimos centavos en trasladarme hasta el lugar donde vivía John Ellis, el ex esposo de Samantha Ellis, sin dejar de darle vueltas a la idea del broche.

John Ellis vivía cerca de Central Park, en una casa lujosa. Su esposa era una mujer atractiva, pelirroja, joven todavía. Tenían un hijo de tres años que ya estaba durmiendo.

El dueño de la casa, al saber quién era —me presenté como detective privado— y a lo que iba, me atendió con cierto malestar.

—Ya sabía que esto me iba a traer problemas... —comentó, invitándome a pasar al salón.

Era un hombre robusto, fuerte, de mirada franca. Su esposa, a su lado, tenía aspecto de muñequita frágil.

—Realmente, no la veía desde hace siglos —me dijo, una vez entramos en tema—. La pensión se la pasaba por el Banco.

—¿Por qué rompieron?

—Diferencia de caracteres —hizo un gesto ampuloso con las manos—. Ella sólo pensaba en divertirse, pasarlo bien. Por otro lado, no teníamos hijos. Nuestras relaciones se fueron enfriando y... fin.

Cerró definitivamente las manos.

—¿No hubo ninguna infidelidad?

—¿Cómo? —se sorprendió por la pregunta.

—Si alguno de ustedes...

—¡En absoluto! —me interrumpió. Así pues, había entendido bien—. Bueno, al menos yo no. Y creo que Sam tampoco. Era coqueta, pero no creo que llegara a...

—Llegó.

Lo dije súbitamente y debió sonar como un cañonazo porque los dos respingaron. El me miró perplejo. La esposa le tomó de una mano.

—¿No lo sabía?

—No sé de qué me habla.

—Justo al poco se divorciaron.

—Se equivoca.

—Tal vez por eso...

—Lo que está diciendo es muy grave, señor Goodwin.

—Se ha descubierto ahora.

—¿Cómo? —se interesó.

—Un colega mío investigó a su ex esposa. Descubrió que ella tuvo un fuerte idilio durante una estancia en Hawaii, en unas vacaciones que pasó allí...

—Sí, recuerdo esas fechas —asintió—. Yo no fui.

—Lo sé.

—Por entonces las cosas ya iban mal entre nosotros. Yo tenía mucho trabajo con unas obras que habían de realizarse en Vernon. Ella decía que estaba harta de New York y que quería cambiar de aires, de pronto cogió el avión y se largó. No sé lo que hizo. Cuando regresó me dijo que había tomado el sol y había practicado el surf.

—¿Usted la creyó?

—¿Por qué no? No tenía motivos para desconfiar. Pero desde

luego aquello no me gustó y eso empeoró nuestras relaciones. Comenzamos a pelear hasta por las cosas más tontas —sonrió con amargura al recordarlo—. Incluso en una ocasión discutimos por un broche barato, feo, que no debía costar más de quinientos dólares.

CAPÍTULO X

—¡Un broche! —grité—. ¿Qué broche?

Los dos se alarmaron por mi tono, mirándome como si me hubiera vuelto loco.

—¿Qué broche? —insistí.

—Le descubrí un broche entre sus alhajas —me explicó John Ellis—. No tenía muchas entonces y desde luego no valían los cien mil dólares.

—Eso es gracias a Clanton.

—Lo imagino.

—Hábleme del broche, por favor.

—Me llamó la atención porque nunca antes se lo había visto. Le pregunté si se lo había comprado y organizó una discusión de espanto, por qué tenía que darme explicaciones y todo eso... En fin, una tontería. Discutíamos por la mínima. Las cosas no iban bien, ya le digo.

—Pero ¿de dónde lo había sacado?

—Se lo había comprado ella, según me confesó luego.

—¿Y apareció tras su regreso de Hawaii?

—Sí —me miró fijamente, apretando una mano de su esposa—. ¿Acaso... acaso ese broche se lo regaló él?

—Creo que sí —dije, mientras mi mente trabajaba a toda máquina recomponiendo todos los datos obtenidos hasta el momento.

—Pues era un regalo de poco gusto. Como ya le dije, era un broche barato, feo. Supongo que el ladrón desecharía una cosa así...

—Me temo que no.

—¿Quién es él? —preguntó de pronto. Era algo que se le notaba estaba deseando saber desde hacía tiempo y no se atrevía a

afrontarlo.

—Era.

—¿Qué? —Parpadeó.

—Le asesinaron esta mañana.

—Oh, no —casi exclamaron a la vez los dos.

—Se trata de un hombre del que la policía sospechaba como mandamás de la red de prostitución de los barrios bajos. Un tal Richard Pullman.

—No había oído hablar de él.

—Es igual. Lo cierto es que ella murió anoche y él esta mañana. Una curiosa coincidencia, justo cuando hacía poco se había descubierto la relación habida entre ambos.

—¿No habrá pensado que yo...?

—Supongo que no —le miré fijamente—. Pero la conversación con usted ha sido muy interesante. Creo que tengo un nuevo móvil: el broche.

—¿Por qué?

—Según un allegado de Richard Pullman, un broche puede tener la clave de su muerte.

—¿Y cree que es... «ese broche»?

—Tal vez. ¿Puedo usar su teléfono?

—Cómo no.

Me levanté y me acerqué al aparato ante las caras de asombro del matrimonio. No parecían entender mucho. Yo comenzaba a vislumbrar algo.

Primero telefoneé al Big Bar, pero Sally no se pudo poner porque no la encontraban. Era muy importante localizar de una vez por todas a Doug, él podía tener la solución de todo. Quedé en llamar más tarde.

Luego probé con los Clanton. Pedí por Helen y sí estaba. En seguida me preguntó:

—¿Ha averiguado algo?

—Creo que ya sé de qué va todo esto.

—¿De qué?

—Un broche.

—¿Cómo? —se sorprendió.

—¿Usted llegó a ver las joyas de Samantha Ellis?

—Sí.

—¿Había un broche entre ellas?

—Pues no sé... Creo que sí...

—¿Entre las que vendió?

—Las llevó todas. Recuerde que yo la acompañé.

—Así que no se dejó ninguna.

—Ella me dijo que no.

—¿Y durante el registro policial no ha aparecido tampoco ninguna en su casa?

—No. ¿Qué significa todo esto?

—Aún he de hacer otras consultas. Ya se lo comunicaré.

—¡Espere! ¡Puedo colaborar con usted! En estos momentos pensaba largarme de casa, estoy hasta las narices de esta gente. ¿Me deja que le acompañe?

—Bueno.

—¿Dónde está? Le recogeré con mi coche.

Le di la dirección, agregando:

—De paso traiga algunos dólares, estoy sin blanca.

Nuevamente intenté contactar con Sally, pero al parecer había abandonado momentáneamente el Big Bar. Tenía que regresar porque unos minutos después debía actuar de nuevo. Pensé que tal vez hubiera encontrado una pista de Doug.

Le di las gracias por todo a los Ellis y abandoné su casa. Helen Clanton apenas tardó en aparecer. Poseía un bonito coche deportivo.

Lo primero que hizo fue sonreírme, echarme los brazos al cuello y besarme. Cuando nos separamos, volvió a sonreír y preguntó:

—¿Te puedo llamar James?

—Jim.

—Yo soy Helen.

—Eres adorable, Helen.

La atraje hacia mí y ahora fui yo quien la besó apasionadamente.

Pero desgraciadamente el asunto seguía flotando sobre nosotros.

—¿Qué hay de ese broche? —me preguntó una vez recuperamos el aliento.

Le expliqué rápidamente lo que había hecho desde que abandonara su casa.

—Por tanto —finalicé—, ahora quiero comprobar si ese broche

lo vendió o no. Vamos al Bowery, a visitar al perista...

Enfiló el auto rumbo hacia allí. A aquellas horas de la noche las calles de Manhattan parecían otra cosa, la tensión, el agobio, los ruidos, todo había desaparecido. Daba gusto pasear en coche.

—¿Crees que vive aquí?

—Seguro que tiene su vivienda detrás. Vi un timbre junto a la entrada. Para algo ha de servir.

En efecto, tras llamar repetidas veces, las luces se encendieron y apareció el insignificante Ted Burton casi en paños menores. Su aspecto era aún más ridículo.

Al reconocerme, masculló algo por lo bajo. Pero nos franqueó el paso.

—¿Qué ocurre ahora? —exclamó de mal humor.

—Estoy interesado en las joyas que le compró a Samantha Ellis. Supongo que tendrá una lista completa de todo lo que adquirió.

—Por supuesto. Y el recibo.

—Sí, sí. Pero sólo hay una cosa que me interesa ahora. ¿Había un broche entre lo que compró?

—No hace falta que vaya por la lista. Lo recuerdo bien. Sí, señor.

—¿Un broche feo, barato, de no más de quinientos dólares?

El hombrecillo respingó. Creo que se despabiló por completo, mostrándose algo indignado.

—¿Qué tontería dice? Yo no compro baratijas. El broche era de primera calidad, con brillantitos incrustados. Se lo tasé en nueve mil quinientos dólares.

—¿Seguro?

—¡Hombre!

—¿No había otro broche como el que le he mencionado?

—Lo hubiera desechado. Ya le digo que no compro baratijas.

—Está bien. Gracias.

—¿Para eso me ha sacado de la cama?

—Y también para usar su teléfono. ¿Me permite?

Antes de que me diera el consentimiento, ya había descolgado y marcaba el número del Big Bar. ¡Por fin estaba Sally!

Y no me había equivocado en mis pensamientos anteriores. ¡Había encontrado la pista de Doug!

—Todo ha sido gracias a Robert Ulrich.

Robert Ulrich era el dueño del Big Bar.

—¿Qué hay?

—Precisamente Ulrich apareció hace un rato y se me ocurrió preguntarle. Resulta que le vio esta mañana, muy pronto. Doug estaba muy asustado, le dijo que tenía que desaparecer, esconderse un tiempo. Ulrich le recomendó su refugio de New Jersey.

El corazón me latió con fuerza.

—¿Dónde está exactamente?

—Es una especie de pequeña granja. Se encuentra situada cerca del Berry Creek. Para encontrarla has de tomar el primer camino vecinal a la derecha de la Moonachie Road, una vez dejes atrás el Teterboro Airport.

Rápidamente nos pusimos en camino. Ted Burton, el perista, se quedó refunfuñando.

—¿Qué piensas? —me preguntó ella cuando ya atravesábamos el Lincoln Tunnel, abandonando Manhattan.

—No lo tengo muy claro. Hay puntos oscuros. Pero a grandes rasgos creo que sé lo que pasó con Doug. No es más que un granuja, un granuja a pequeña escala, y no pudo sustraerse a la tentación de robar algo, una vez estuvo dentro de la casa y con la caja fuerte abierta. Se llevó el cofre con las cartas, pero también el broche ese de marras. Supongo que pensó que era poca cosa y no se iba a organizar por ello ningún escándalo. Para una mujer como Samantha Ellis la pérdida de esa baratija no podía significar nada, en cambio él, vendiéndolo, podía sacarle doscientos o trescientos dólares, que le vendrían estupendamente bien. Sí, creo que eso fue lo que pasó por la mente de Doug. Y desde luego no nos dijo nada a ninguno de los dos, era «su» negocio.

—Hum. Es posible —asintió ella.

—Pero he aquí que el broche sí tenía mucho valor, y no precisamente económico. Entonces comenzaron los problemas para él, por ejemplo el asalto a su apartamento. Debí conseguir escapar, pero no recurrió a mí ni a ningún amigo íntimo porque entonces tendría que dar explicaciones y quedaría como un cerdo. Robert Ulrich le vino como anillo al dedo. Apuesto a que está allí en la granja escondido, muerto de miedo, mirando una y otra vez el broche y preguntándose qué diablos significa esa baratija.

Ya habíamos alcanzado la Moonachie Road, tras cruzar el Hackensack River.

—¿Y lo de Samantha?

—Ahí es donde menos veo claro. Ella se debió dar cuenta de la falta del broche cuando llegó a su casa. Lo extraño es que cuando hablaste por teléfono con ella no te comentase que le había desaparecido y que el ladrón tenía que ser la persona que tú habías contratado.

—Tal vez por eso se interesó por Doug y decidió arreglarlo por su cuenta y riesgo.

—Sí, es lo más lógico.

—Pero ¿por qué murió?

—Alguien se puso nervioso, indudablemente. Alguien que tenía mucho que perder. Y no sólo la mató a ella, sino también a Pullman.

—¿Te refieres a esa posible persona que puede haber tras Pullman?

—No hallo otra explicación. ¡Ahí viene el camino!

Helen giró el volante hábilmente, tomando el oscuro sendero. Era un terreno completamente desolado, solitario, silencioso.

Los dos nos fijamos bien en cuanto nos rodeaba, tratando de localizar la granja. Helen llevaba puestas las luces largas. Por fin dimos con la rústica edificación.

—No se ve ningún coche —observó ella.

—Doug no tiene. Vendría haciendo autostop.

—Y parece que no hay nadie.

Eso era cierto, pero me dije que posiblemente estuviera ya descansando.

Helen detuvo el auto frente a la casa. Descendimos de él y nos quedamos mirando la puerta de entrada.

—Doug debía haber escuchado el ruido del motor...

—Estará durmiendo a pierna suelta.

—No sé por qué, tengo miedo, Jim.

—Tranquila, mujer —le rodeé los hombros con un brazo—. Vamos.

Dimos unos cuantos pasos hacia adelante y yo empujé la puerta.

Cedió con un chirrido horripilante. Helen se apretó más a mí, ahogando un grito de miedo. Yo había ya empuñado la pistola, por si las moscas.

No me sirvió de nada.

De pronto se encendieron las luces. Y una voz a nuestras espaldas me conminó a soltar el arma... o seríamos acribillados a balazos.

CAPÍTULO XI

Obedecí, lleno de rabia, dándome a todos los diablos y maldiciendo a Sally.

Seguidamente escuchamos unos pasos aproximarse y pronto quedaron frente a nosotros dos hombres altos y delgados, de pétreas facciones. Uno de ellos, el más maduro, tal vez cuarenta años ya, empuñaba un revólver. El otro se hizo cargo de mi arma.

—¿Quiénes son? —susurró Helen.

—No lo sé.

—Yo soy Buck y éste es Joe —respondió el del revólver, que había llegado a oír las palabras de la joven—. Eso es suficiente.

—Era una trampa.

—Sí, encanto.

—Sally estaba de acuerdo con ustedes —mascullé.

—Bueno, tuvimos que convencerla. A ella y al dueño del bar.

—Pero vayamos al grano —terció el otro, el que tenía mi pistola—. No queremos perder tiempo. ¿Dónde está el broche?

—¿Qué broche?

—No seas estúpido, Goodwin.

—¿Por qué no me lo cuentan?

—El broche que robaste de la caja fuerte de Samantha Ellis. Eso queremos.

—Yo no robé nada.

Los ojos de los dos tipos centellearon. El que llevaba la voz cantante me advirtió:

—Será mejor que colabores, Goodwin.

—No sé nada —insistí.

—Vamos, muchacho, estamos enterados de todo. No sigas por ese camino. Samantha Ellis quería dinero, vendió sus joyas bajo

mano y planeó el falso robo con la ayuda de esta muchacha para justificar la desaparición de las joyas. Tú y tu amigo disteis el golpe.

—Todo eso es cierto —reconocí, a ver si se animaba a seguir contando la historia.

—Y además de llevaros el cofre con las cartas, como os habían ordenado, os llevasteis también el broche, que estaba en la caja fuerte, pero que no entraba en el plan.

—Se equivoca.

—No mientas más, hombre. Es inútil. Tu amigo confesó.

—¿Doug?

—Sí, muchacho —sonrió el tipo duramente—. Antes de palmarla dijo que tú lo guardaste.

* * *

—¿Doug... muerto? —inquirí con un hilo de voz, hondamente impresionado. Helen se aferraba con fuerza a mi brazo.

—Sí, Goodwin. Se mostró duro, no quería hablar. Luego, cuando vio que la cosa iba en serio, confesó que habíais robado el broche y que tú lo guardaste. No podíamos dejarle para que lo contara, así que lo enterramos hondo en el campo. Bart y Harry, dos compañeros nuestros, fueron a por ti. Lo último que nos comunicaron es que no estabas esa noche en tu apartamento y que se quedaban allí a esperarte. Luego supimos que habían tenido un extraño y trágico accidente de carretera, al que suponemos no fuiste ajeno. Eres muy escurridizo, Goodwin. Te buscamos por todos lados, pero no te encontramos. Al final supimos de tu amiguita Sally, fuimos al Big Bar y tuvimos en el despacho del dueño una buena charla. Tú habías telefoneado preguntando por ella y tenías que volver a llamar. Ideamos una historia que te resultara verídica, congruente, y te llevara a un lugar tranquilo donde pudiéramos charlar todo lo necesario.

—Y aquí estamos —finalizó el otro.

—¿Qué ha sido de Ulrich y Sally?

—Víctimas de unos ladrones que asaltaron el despacho del bar, entrando y saliendo por la parte posterior. Esas cosas suelen ocurrir a menudo, sobre todo en el Village.

—¡Miserables! —barboté.

—Te darás cuenta de que éste es un serio asunto, Goodwin. Así

que colabora.

—¿Cómo dieron con Doug?

—Un pajarito.

—¿Samantha Ellis?

—Basta de preguntas, muchacho —intervino de nuevo el del revólver—. No te interesan los detalles. Ya sabes que conocemos de qué va el paño. Queremos ese broche. Tú lo tienes. Nos lo das y todos felices.

—Me toman por un ingenuo. No me creo que nos vayan a dejar con vida después de la larga cadena de muertes que llevan sobre sus conciencias.

—Entonces lo pasarás mal. Tú y la chica.

El que tenía mi pistola se la quedó, se aproximó a nosotros y me arrebató violentamente a Helen. La muchacha gritó asustada.

—¡No sé nada del broche! —dije una vez más.

—Veremos. Fíjate.

El fulano no se anduvo por las ramas. Sin ningún miramiento, todo lo contrario, con toda la mala baba del mundo, golpeó en el estómago y en el pecho a la joven. La vi desorbitar los ojos, gemir, boquear, caer de rodillas, destrozada por el brutal castigo.

Estuve a punto de saltar sobre aquella maldita fiera, pero me encontré con el revólver del otro, apuntándome a la cabeza.

—¿Quieres que siga, muchacho? —amenazó la mala bestia, apoyando su pie derecho sobre un hombro de la dolorida y jadeante muchacha.

—¡Les estoy diciendo la verdad! —grité angustiado—. ¡No sé del broche!

—No quiere entrar en razón, Joe. Dale otra vez.

La mala bestia fue a obedecer, pero de pronto, inopinadamente, la joven le tomó de la pierna y se la volteó haciendo un supremo esfuerzo. El tipo chilló, su compañero se descuidó un instante y eso fue suficiente para que me abalanzara sobre él con probabilidades de éxito.

Forcejamos. Le logré colocar un rodillazo en el bajo vientre y entonces perdió parte de sus fuerzas. Aproveché para arrebatarme el arma, golpeándole seguidamente con ella en la frente.

Para ese entonces el otro ya había conseguido recobrar el equilibrio y echar mano de mi propia pistola (que en realidad era

de uno de sus amigos muertos en el accidente automovilístico).

Apreté el gatillo ante que él.

La bala le dio certeramente en el pecho, cerca del corazón, y le lanzó hacia atrás, trastabillando. Finalmente se derrumbó como un pesado fardo.

Me acerqué a él y comprobé que el tiro había sido mortal. Su compañero, por el contrario, estaba vivo. Eso sí, tenía una hermosa brecha en la frente y había perdido momentáneamente el conocimiento.

Helen ya se había puesto en pie. Vino a mí y me abrazó muy fuerte.

—Gracias, pequeña —le susurré mientras hundía mi rostro en su cuello—. Has sido muy valiente.

—Estaba muerta de miedo.

—Ahora todo ha pasado.

Se separó un poco de mí, me miró a los ojos y comentó preocupada:

—Pero aún no está claro todo este embrollo.

—Ese tipo —señalé al herido— hablará en cuanto se recupere.

—¿Y el broche? Ellos no lo tienen, tú tampoco...

—Es sencillo. Fue Doug. Y él creyó que se salvaba acusándome.

Le salió mal.

—Pero ¿dónde está? Doug no lo llevaba encima ni pudo esconderlo en su apartamento, ellos lo hubieran encontrado... ¿Dónde está?

Hubo un silencio.

—Tienes razón —asentí lentamente—. ¿Dónde lo pudo dejar? Sería conveniente retroceder a la noche pasada y recordar paso a paso.

—Bien.

Me mesé los cabellos, diciendo:

—Doug y yo llegamos a casa de Samantha Ellis, yo permanecí en el auto y él fue a cometer el robo. Tomó el cofre con las cartas y también cometió la debilidad de llevarse el maldito broche. Me dijo que todo había salido bien y le llevé hasta las cercanías de tu apartamento...

—Sí. ¿No pensarás que lo escondió allí?

—No, no. Es una estupidez. ¿Por qué iba a esconderlo y menos

en tu apartamento, si aún no sabía los problemas que su falta iba a originar?

—Pues no se me ocurre otra cosa. ¿Tal vez ocultarlo en tu coche?

—Era robado y al poco me iba a desembarazar de él. No, no. Eso de que lo escondiera no me entra en la cabeza.

—¿Entonces?

—Cuéntame qué pasó exactamente entre vosotros.

—Llegó al apartamento, le abrí, se mostró feliz, me dio el cofre, yo le pagué los mil dólares, telefoneé a Samantha para comunicarle que todo había salido bien, él se puso un poco tonto, haciéndome insinuaciones, quería quedarse a dormir conmigo, y para desembarazarme de él le propuse llevarle a su piso.

—Así que le llevaste tú, no fue solo.

—En efecto. Por eso te digo que no tuvo oportunidades para desprenderse del broche. Le llevé hasta la misma puerta. Se hizo el remolón dentro del coche e intentó darme un achuchón como despedida, yo me revolví y discutimos suavemente. El comprendió que no tenía nada que hacer, bajó y se coló en el portal...

—Y ellos le esperaban arriba. Le cogieron, le registraron, le destrozaron el apartamento por si acaso, le interrogaron y el maldito broche no apareció. El me acusó para quitárselos de encima, pero le salió el tiro por la culata, se lo llevaron y lo enterraron por ahí. Qué extraño...

—Yo no lo entiendo.

—A mí sólo se me ocurre una cosa: que lo perdiera. Ella compuso un gesto de incredulidad.

—Sí. Un tonto azar. Una estúpida casualidad. La vida está llena de situaciones así.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?

—Pues... Doug no era un descuidado. Si lo perdió, debió haber una razón para que así sucediera y no se diera cuenta.

—¿Cuál?

La miré fijamente.

—Sólo hubo un momento en el que un tipo como Doug podía cometer ese error de no fijarse. Durante el forcejeo en el coche.

Ella abrió los ojos.

—¿Crees que...?

Antes de que terminara la pregunta, los dos echamos a correr hacia la salida. Nos abalanzamos sobre el coche y ella encendió la luz interior. Resultó tremendamente sencillo encontrarlo. Bajo el asiento contiguo al conductor se hallaba el maldito broche.

Los dos lo miramos hipnotizados. John Ellis tenía razón, era feo, de mal gusto y no debía valer más de quinientos dólares. Pero, paradójicamente, había costado ya muchas vidas humanas. ¿Por qué?

—Han sido ustedes muy amables, amigos —dijo entonces una voz masculina—. Al fin apareció.

CAPÍTULO XII

Nos quedamos de piedra ante aquella inesperada sorpresa. Yo tenía la pistola en el bolsillo porque no creía que quedara más gente.

El tipo era muy alto, de fuerte complexión, ojos oscuros brillantes y poderosas mandíbulas. Sonreía, un revólver en la diestra firmemente empuñado.

Desde luego, por la puerta de la casa no había pasado.

—¿De dónde ha salido usted?

—Estaba al acecho, amigo mío —respondió suavemente—. En el coche, detrás de la casa. Al oír el disparo me acerqué prudentemente.

—¿Ellos trabajaban para usted?

—Sí. Vinimos juntos.

—¿Por qué no participó en la fiesta?

—No me gusta mezclarme con el trabajo sucio.

—Oh, ya. ¿Quién es usted?

—Lon Eastman. No creo que le diga nada mi nombre.

En ese instante escuchamos el ruido del motor de un coche. Pronto vimos unas luces y al momento después el morro de un «Buick». El auto quedó ante nosotros, con las luces encendidas, cegándonos.

—Dígale a su chófer que apague las luces —protesté—. Molestan.

—No es mi chófer.

—¿No?

—Es mi jefe.

—Creí que era usted el que dirigía la orquesta.

—Sólo soy su colaborador más directo.

—¿El es... el socio de Pullman?

—Es usted muy listo. Ande, deme el broche.

—¿Qué pasa con él?

—Es una larga historia, amigo. Mi jefe y Pullman llevaban la red de prostitución de los barrios bajos. Un día mi jefe quiso cerrar el negocio, no quería arriesgarse más, tenía ya buena posición, otro negocio floreciente... y Pullman le sobraba, podía ser un peligro. Pero no sabemos cómo Pullman olió el asunto, temió que lo elimináramos y decidió colocar unas pruebas comprometedoras para mi jefe en manos de lo que él llamó «una persona insospechada». Mi jefe trató de averiguar quién podía ser, pero nadie de los conocidos o fieles a Pullman era. Tuvo que aguantarse y soportar a Pullman, rezando porque nada le sucediera. Pero de pronto descubrimos a esa persona: Samantha Ellis. Insospechada en verdad. Mi jefe intentó hacerse con el broche visitándola, pero su amigo Doug había sido un poco pillo. Una vez muerta Samantha Ellis y el broche por ahí danzando, hubo que ordenar la muerte rápida de Pullman para que no le diera tiempo a enterarse de lo ocurrido y confesara o preparara otras pruebas. Buck y Joe se encargaron de ese trabajo mientras Bart y Harry le esperaban a usted. Confiábamos hacernos con el broche más pronto o más tarde. Y ahí está.

—¿Cómo pueden haber aquí unas pruebas? —pregunté con cara de incredulidad.

—Ni yo mismo lo sé exactamente. Tengo que observarlo con detenimiento.

—Yo lo haré.

Sin que se opusiera, lo manipulé ante su fija mirada. Al final encontré un diminuto resorte que permitió liberar el microfilm.

—¡Diablo! —exclamé sorprendido, y súbitamente se lo tiré todo encima.

El tal Lon Eastman se hizo a un lado, pero logró disparar. La bala silbó peligrosamente junto a mi cuello. Luego caí sobre él como un puma hambriento.

Los dos rodamos por el suelo y yo fui más hábil, consiguiendo la posición dominante, sin soltar su muñeca armada. Se la retorcí implacablemente y no tuvo más remedio que soltar el revólver. Seguidamente le estrellé el puño derecho en las fosas nasales, las cuales estallaron en un torrente escarlata.

—¡Cuidado! —aulló entonces Helen.

Giré.

Me vi el «Buick» venir hacia mí rugiendo como un endemoniado. Eché mano de mi pistola y disparé una, dos, tres veces. Tuve una rápida visión de la persona que manejaba el volante, pero ya era tarde para rectificar. El auto dejó de ser controlado, se desvió y acabó estrellándose contra la propia casa aparatosamente. Hubo una breve explosión, seguida de un llamativo incendio.

Corrimos hacia allí. Abrí una de las portezuelas con dificultad, gritándole a Helen que se apartara. Temía una nueva explosión.

Tiré violentamente hacia fuera de una de las piernas del ocupante, logrando sacar todo el cuerpo. Helen gritó al ver la expresión de su rostro, ensangrentado, con los ojos muy abiertos, parte de su melena rubia convertida en una especie de antorcha. Era difícil reconocer en ella a la madura y sugestiva Gloria Hayward.

EPÍLOGO

Gracias a la confesión de Lon Eastman, el gerente de la agencia de modelos propiedad de Gloria Hayward, se pudo más o menos componer la historia. Gloria Hayward había hecho su dinero gracias a la prostitución, en un principio disfrazada con su agencia de modelos y con la estrecha colaboración de Richard Pullman. Pero luego Gloria Hayward quiso romper y desembarazarse del negocio. Pullman fue hábil contrarrestando lo que se le venía encima.

Richard Pullman había conocido, efectivamente, a Samantha Ellis en Hawaii, manteniendo con ella un romance breve e intenso. Durante ese tiempo supo que era hermana de Gloria y también las malas relaciones entre ambas, pero se abstuvo de comentarle que conocía a Gloria. Cuando volvió a Nueva York estalló la crisis y tuvo la genial idea de microfilmear las pruebas y colocarlas en el broche y enviar éste a Samantha con el ruego de que si le sucedía algo se lo entregara a Peter Ford. Le pedía ese favor en recuerdo de la feliz semana pasada allá en Hawaii. Estaba seguro de que Gloria, por mucho que buscara o pensara, nunca se le ocurriría que las pruebas pudieran estar en manos de su propia hermana. Y como Samantha no conocía la relación que había entre ellos...

Así pasó el tiempo, hasta que Burt MacAlister realizó la investigación sobre Samantha Ellis por orden de Elmer Clanton y planeó el chantaje al descubrir el idilio de Hawaii. Si le contaba eso a Clanton se le acababa el matrimonio, y éste, aparte sentimientos, era una buena salida para la apurada situación de Samantha Ellis... Resultado: la mujer se vio en una difícil encrucijada y recurrió a sus conocidos para recaudar el dinero necesario. Incluso a su propia hermana, en su desesperación, pero Gloria se lo negó, aunque se interesó secretamente por el asunto. Fue la que ordenó el asalto a la

oficina de Burt MacAlister, pues su hermana se fue de la lengua con ella. Sus hombres tomaron fotos del dossier, pero no se lo llevaron, por lo que MacAlister no sospechó lo que había ocurrido. Gloria Hayward, una vez reveló las fotos y supo la verdad, sumó dos y dos. ¡Su propia hermana podía ser la persona insospechada!

Justo la noche del robo decidió casualmente presentarse en su casa. Le habló de Pullman, la obligó a confesar toda su relación con él —por eso tenía conocimiento Eastman y lo pudimos saber nosotros—, pero el broche no apareció por ningún lado, Gloria comenzó a ponerse nerviosa, su hermana le echó la culpa al ladrón, le habló del falso robo, pero no sabía quién era el ladrón. Gloria acabó perdiendo los estribos y la mató con el atizador, tal vez no fuera el broche la única razón, tal vez fuera más profunda, el odio arrastrado desde muchos años atrás. Se encontró desesperada, pero entonces surgió el milagro en la persona de Helen Clanton, que telefoneó para comunicar que todo había salido bien... y haciéndose pasar por su hermana le sonsacó todo el asunto y sobre todo el nombre de Doug. A partir de ahí comenzó la búsqueda de Doug, luego de mí, pues Helen estaba descartada, ya que ella no había intervenido directamente en el robo ni creía que la hija de un millonario pudiera interesarse por un broche barato.

Curiosamente, me tuvo en sus manos durante unos minutos, pero como no me conocía personalmente y yo le di un nombre y profesión falsos... El telefonazo que recibió durante mi estancia en su casa fue para comunicarle que Bart y Harry habían sufrido un extraño accidente automovilístico y que yo no aparecía. Me abandonó, y fue entonces, al reunirse con Eastman, cuando tuvo una descripción mía y supo que había desaprovechado una gran oportunidad. Siguieron pensando que yo era el culpable del robo del broche, pues no tenía por qué saber su importancia y su relación con el asesinato de Samantha Ellis y la desaparición de Doug..., cosas que eran las que me preocupaban en aquellos momentos. Gloria Hayward confió en que yo volvería por la noche atraído por aquella cita casual, llevada por su instinto sexual, y colocó hombres esperando cerca del portal mi aparición. Se llevó una desilusión cuando yo telefoneé y entonces se lanzaron a una loca búsqueda de mí hasta dar con la desdichada Sally.

* * *

Fue un buen escándalo y me reportó mucha publicidad. También dolores de cabeza. Las autoridades se mostraron muy babosas conmigo, sobre todo cuando se sacó a relucir la injusticia que se había cometido antaño conmigo. Me dieron toda clase de explicaciones. También me dedicaron toda clase de cumplidos. Incluso me prometieron que se revisaría mi asunto y se me devolvería la licencia de investigador privado. Ya no pertenecía al bando de los malos, ahora era de los buenos. El maniqueísmo de siempre.

Rechacé la licencia ante el asombro general. No la necesitaba, entre otras cosas porque sólo servía para ejercer en el estado de New York y yo pensaba largarme de allí en cuanto acabara la burocracia legal.

Y no solo. Helen también había enviado al cuerno a su padre, al socio de su padre, al hijo del socio de su padre y a la estúpida y falsa imagen política recaudadora de votos.

Nuestro destino: California. No es que la Costa del Pacífico fuera mejor. Simplemente, cambiando de aires uno se cree que todo es distinto.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.